

CAMERA



OSCURA

por **Salvador Elizondo**

NORTE/35

CAMERA OSCURA

por Salvador Elizondo

No es un hecho fortuito que la obra reciente de Gironella conjugue sumariamente algunas de las dimensiones más significativas a lo largo de las cuales se realiza la historia de la percepción. Instante y eternidad son la substancia de una escritura ideográfica que el Occidente persigue, no sólo desde que Niepce, Daguerre y Fox Talbot idearon los procedimientos mecánicos mediante los que ha sido posible eternizar el instante a partir de la realidad misma, sino desde que los pájaros picotearon las uvas de Apeles. Pero en la larga historia de esa escritura, en la interminable historia de la photo-grapeia la paradoja de Velázquez sigue siendo la piedra de toque no sólo en lo que se refiere a todas aquellas formulaciones que a partir de la noción de "realidad" se puedan hacer acerca de la pintura, sino también de todas aquellas tentativas que pretenden definir el concepto de metáfora en el orden del lenguaje, entendido éste en su acepción más vasta, más imprecisa y por lo tanto más universal.

No contribuye en poca medida a esto el carácter obsesivo del que la invención de la fotografía es el resultado final como la obsesión tácita de la que toda fotografía —de hecho toda representación— es una muestra contundente. Quién duda que *Las meninas* es 87216 centímetros cuadrados de instante, pero quién duda, también, que esos 87216 centímetros cuadrados de instante son todos misteriosos. La *Kultur* es la aceptación del reto que nos propone ese misterio. Y no se trata, ciertamente, de un desciframiento sino de un poema...

Y en ese sentido Gironella es un pintor cuya obra fragua en el mismo crisol en el que fragua el metal de las ideas. Porque se trata ahora de una pintura de ideas; de una pintura de ideas acerca de las ideas de la pintura. Quiere, también, esta sentencia concretarse con la sintaxis inquietante, implícita en el manierismo, en la conciencia de espejos, esa conciencia por la cual nos es posible contemplar el instante. Manierismo, marinismo, *concettismo*, gongorismo, hasta que al final del pasadizo que Borromini ingenió en el *cortile* del Palazzo Spada desembocamos ante un espejo

que es la negación de sí mismo; que en su inexistencia, como en *Las meninas*, más claramente se postula. Porque ahora estamos, de hecho, ante una investigación acerca de las posibilidades de la pintura en una de sus dimensiones más sorprendentes y en tanto que es una investigación, esta pintura es conceptual en la misma medida en que es conceptista, en la medida en la que en ella se conjugan ideas aparentemente contrarias para producir un *oxymoron* que ilustra e informa el sentido más profundo de la búsqueda en la que el artista se afana. La presencia de la fotografía —instante y realidad— parece desdecir de las dos coordenadas en cuyo nodo, esencialmente, está situada la visión pictórica: eternidad y poesía. Pero el fin de este método es asimismo el descubrimiento de la identidad interior que existe, como se demuestra, entre la eternidad y el instante, entre la realidad y la poesía.

"La primorosa equivocación es como una palabra de dos cortes y un significar a dos luces..." Las palabras de Gracián parecen subrayar con firmeza lo que en términos de una cultura se propone como investigación acerca de los procedimientos. Estas agudezas de Gironella también dan fe de aquellas otras, tan misteriosas que Velázquez compuso y para las que, como lo hace Carl Justi a propósito de *Las meninas*, pueden decirse las palabras del *Oráculo manual*: "Usar el renovar su lucimiento. Es privilegio de Fénix. Suele envejecerse la excelencia, y con ella la fama; la costumbre disminuye la admiración, y una mediana novedad suele vencer a la mayor eminencia. Usar, pues, del renacer en el valor, en el ingenio, en la dicha, en todo: empeñarse con novedades de bizarria, amaneciendo muchas veces como el sol, variando teatros al lucimiento, para que, en el uno la privación y en el otro la novedad soliciten aquí el aplauso, si allí el deseo".

Y tampoco es vano el nombre que epitoma esta colección de curiosas experiencias photo-gráficas pues. Quel corpo luminoso parrà più splendido, il quale da più oscure tenebre circondato fia...

Noviembre de 1968.









FRANCISCO DE MIRANDA

La historia de Francisco de Miranda es, sin hipérbole alguna, admirable, es ejemplar en más de un sentido y quien se va adentrando en ella, va conociendo un espíritu rico en innumerables facetas, pero uno, sólido, constante, firme, como puño que golpea todos los obstáculos que se levantan en su camino hacia la libertad de la Patria. Por la proyección que dio a sus estudios filosóficos —generales en su época— y a su amor por los clásicos, Francisco de Miranda, aunque en una praxis muy diferente, puede formar con Goethe en la avanzada del nuevo humanismo, con Paine en la concepción del nuevo Estado y con Washington y Napoleón, en la versatilidad, agilidad y osadía del arte militar, aunque su destino final estuvo más cercano a Santa Elena... Pero si rápidamente, en este corto espacio, intentamos condensar la formidables carrera de Miranda a través del mundo occidental podremos darnos cuenta más clara de la insólita personalidad de este precursor de la independencia sudamericana.

Nació en Caracas, en 1750 y estudió, como correspondía al hijo de un mercader adinerado, en el Colegio de Santa Rosa primero y después en la Universidad de su ciudad natal. En estas escuelas fue donde aprendió el amor a los clásicos, cuyas obras fueron los fieles compañeros en sus horas de amarga soledad en el destierro o en la prisión.

Cuando cumplió 21 años de edad, buscando la acción, porque era de temperamento inquieto dejó su tierra venezolana y se fue a España para someter a la Corona los beduinos de Melilla y Argel. Estos hechos guerreros le alcanzaron el grado de capitán en el famoso Regimiento de la Princesa; pero como sus ideas sobre la política colonial española le valieron las suspicacias de sus jefes militares, regresó a América.

En La Habana el gobernador era Cagigal, a quien Miranda tuvo por superior en Melilla y como entre ambos había aparecido alguna amistad, en La Habana se instaló Miranda para volver a servir a su antiguo jefe. Este, hizo de Miranda su ayuda de campo, lo envió a la reconquista de Pensacola en la costa de Florida; a Jamaica, para negociar con el gobernador Dalling y con el almirante Parker el intercambio de prisioneros españoles e ingleses; a las Bahamas, para estipular

la capitulación del general Maxwell... Y todo lo hizo bien, a satisfacción de Cagigal. Pero a Miranda, con todos estos sucesos en los que gentes extranjeras de América se disputaban la suerte de América, se le acendrarón sus ansias de libertad, para su Patria y cristalizó en su corazón una idea que habría de ser la causa y el objeto de toda su vida: La independencia sudamericana. Y como era Miranda de indole vehemente y natural romántico, no supo callar y pronto, otra vez, las suspicacias realistas estuvieron acechando su existencia; hasta que Cagigal, fiel a la amistad, lo despidió de La Habana para evitarle la prisión.

Pocos días después del 19 de abril de 1783, Miranda desembarcó en los Estados Unidos de Norteamérica. Allí encontraría el campo adecuado para la estructuración de sus ideas políticas. En esa nación recién nacida primero se tomó dos años para viajar por los estados de la costa atlántica, e iba anotando todo aquello que le parecía interesante de una sociedad nueva en todos sentidos, porque estaba sabiendo combinar su puritanismo con la tolerancia y el trabajo. En Estados Unidos conoció a Washington, a Lafayette; en varias ocasiones accedió a prolongadas conversaciones con ellos. El general Knox, a quien también trató con frecuencia, le confió sus experiencias en una guerra de independencia, pero las fuentes más fecundas de su pensamiento político, Miranda las encontró en sus charlas con Alejandro Hamilton y Tomás Paine, que francamente abrieron para él las puertas de sus casas. Aún muchos años después de estos días, la correspondencia de Miranda estará preñada de las doctrinas liberales de estos dos pensadores humanistas. Armado, pues, de esta manera con un ideario concreto, y siempre contemplando la independencia de su Patria, Miranda se despidió de sus amigos norteamericanos y navegó a Europa, la que todavía era el indiscutido centro del mundo.

En Europa, Miranda se estableció en Londres, pero como lo hiciera antes en Norteamérica, primero viajó durante cuatro años por los diversos Estados del continente: Francia, Prusia, Suiza, Italia, Grecia, Turquía, Rusia, Polonia, Hungría, Suecia y Holanda. En Potsdam fue recibido por Federico Guillermo y estuvo presente en las maniobras de su ejército, conversó de música con



Haydn en Esterhazy, en Rusia se ganó la simpatía de Catalina II, en Estokolmo visitó a Gustavo y en Schleswing a Carlos de Hesse. Por esto, aunque sudamericano, conoció más de política europea a los cuarenta años de su edad, que muchos políticos europeos más viejos que él. En Zurich fue miembro del círculo de Johann Lavater, algo reservado a los pocos hombres que por su inteligencia y cultura podían ser considerados ciudadanos del mundo. Su amigo Pownall, uno de sus primeros adictos en Europa, lo puso en contacto directo con el primer ministro William Pitt ("the Younger Pitt"); a éste Miranda propuso planes concretos de naturaleza militar y política sobre Sudamérica, y las negociaciones parecían favorables a la idea del inquieto Miranda, cuando el gobierno español, alarmado por las cosas revolucionarias de Francia, pactó amistosamente en la disputa que tenía pendiente con Inglaterra. Esto hizo que el gobierno Británico pospusiera indefinidamente, por entonces, la acción que Miranda contemplaba. Fue agrio para el sudamericano, había ya roto con España y carecía ya del apoyo británico que él había tomado como base del nuevo campo de sus actividades. Entonces, aconsejado por sus amigos, se fue a Francia.

Apenas llegado a esta nación, Miranda se hizo notable en los círculos revolucionarios. Trató amistosamente con Brissot, Bailly, Roland y Lanjuinais y ofreció pelear por la causa de Francia. Su primer encuentro con los prusianos invasores fue en Valmy; después llegó a ser general del ejército del norte que luchaba en Bélgica. Las fuerzas bajo su mando tomaron la fortaleza de Antwerp y llevó la ofensiva hasta los muros de Maestricht. Allí estaba cuando la derrota de Dumouriez terminó con la campaña del ejército del norte.

Quizá la fuerte personalidad de Miranda fue su perdición, pues aunque no estaba directamente afiliado al grupo girondino, tenía sus mejores amigos en él y la traición de Dumouriez fue buen pretexto para eliminarlo mediante arresto y juicio en el tribunal revolucionario. El caso fue particular: por aclamación del pueblo fue declarado inocente; pero su triunfo duró poco. Robespierre era enemigo inexorable suyo y Miranda hubo de volver a la cárcel. Sus compañeros de desgracia fueron Vergniaud, Valesé y Adam Lux; su amigo, el general du Chatelet le regaló todos sus libros antes de envenenarse. En la prisión conversó sobre monumentos antiguos y obras de arte con el arquitecto Quincy; llevó amistad ciertamente sentimental con la marquesa Custine, y con todos sus compañeros de cautividad sostuvo largas conversaciones, que en registros posteriores de ellas, según las anotaciones del propio Miranda, revelan la gran serenidad de éste en esos días de incertidumbre y ansiedad.

Después de la caída de los Jacobinos en el Termidor, Miranda volvió a la cárcel por algunos meses, pues todas las envidias y resentimientos debían quedar vengados. A su salida encontró que el nuevo régimen era más enemigo que amigo suyo. Bajo el Directorio, ni Barrás ni Fouché simpatizaban con él, y se retiró. En paz visitaba a Helen Mary Williams, la poetisa inglesa, a madame Staël y a la marquesa de Custine, leía sus libros y amaba las obras de arte; pero como nunca olvidó la libertad de su Patria, formó asocia-

ciones con patriotas de diversos países sudamericanos y, entonces, cayó otra vez en prisión, en 1795 y según la sentencia hubiera sido deportado a la Guayana si, disfrazado y con nombre falso, no escapara a Inglaterra.

En 1800 volvió a Francia; fue su última visita y no muy feliz. El general Bonaparte era entonces primer Cónsul, pero no había ningún cariño entre ambos generales: Miranda solicitó permiso para ir a París, pues debía arreglar algunos asuntos personales —alguien ha pensado que con la marquesa Custine—, pero aún en esta ocasión quedó humillado por la enemistad que Fouché le tenía, pues fue arrestado una vez más, aunque sólo para investigar sus actividades. Desencantado, decidió dejar para siempre a París; sin embargo, ahora, en el Arco del Triunfo, el nombre de Miranda está grabado en mármol, para siempre.

Cuando volvió a Inglaterra estaba convencido de que el impulso de liberación hispanoamericana, debía venir fundamentalmente de Hispanoamérica. No obstante, era necesario el apoyo o, siquiera, la complacencia tácita de las grandes potencias. Miranda, como representante de un movimiento, aún no centralizado, pero amplio, logró una entrevista con Pitt mientras que preparaba el apoyo de Estados Unidos. Su plan era tripartito: una alianza entre las dos potencias anglosajonas, a ambos lados del Atlántico aunadas al gran poder de mañana: Hispanoamérica. La casa de Miranda era el punto de reunión de los sudamericanos en Londres. Allí recibió a Bernardo O'Higgins, el que fue después libertador de Chile; a Pedro Vargas, a Pedro J. Caro y a Manuel Gual, quien fuera activo patriota en Trinidad.

Los últimos años, con sus alternativas circunstancias, ofrecieron razones sucesivas para la esperanza y la desesperanza. Todo era resultado natural de la incertidumbre que Europa estaba padeciendo; y el cambio de panoramas producía en pocos meses completa transformación de las perspectivas y posibilidades. Pownall estaba viejo y cansado; pero Miranda trató de ganar el interés y la amistad de Nicholas Vansittart, que iniciaba una brillante carrera política.

Ajustándose a las nuevas condiciones, Miranda modificó sus planes para perseguir la oportunidad del momento. Su principal proyecto era formar una expedición a tierra firme; si fuera posible, Inglaterra la organizaría y mejor aún si Estados Unidos la respaldaba. En esa época las relaciones entre España y Estados Unidos se hicieron tirantes y Miranda pudo pensar que encontraría más apoyo a sus proyectos en Norteamérica. Así pues, partió hacia ella. Tenía confianza en sus viejos amigos, Knox, Hamilton, Smith, que ahora eran personas prominentes. Aunque Jefferson y Madison no le dieron apoyo directo, encontró la suficiente atención y generosidad para organizar, privadamente, la expedición. Hizo Miranda considerables esfuerzos para encontrar un barco, armarlo, reclutar voluntarios y reunir armas y municiones para su azarosa aventura.

En febrero de 1806 el *Leander*, unas doscientas toneladas, zarpó de Nueva York acompañado de dos barcasas más pequeñas aún: iban poco más de 200 hombres. Miranda era el jefe de la expedición y durante la travesía instruyó a la tripulación de voluntarios en principios políticos y disciplina

militar. El norteamericano Biggs, cronista, escribió en un vívido diario: "El (Miranda) asume el modo de un padre y de un instructor para los jóvenes. Habla con gran confianza de la esperanza del éxito y de los preparativos para lograrlo. Las glorias de la empresa las describe con brillantes colores. Hace como antes al detallar sus viajes y escapadas, para provocar admiración y simpatía".

Cuando se aproximaba a la costa de su país nativo, Miranda izó por primera vez la bandera roja, azul y amarillo. Su primer intento de ganar tierra en Puerto Cabello fue un fracaso —los españoles le capturaron las dos barcasas y tomaron prisioneros a sus tripulantes. Miranda volvió al Caribe a reclutar más tropas; y cuando tuvo juntos dos o tres barcos y unos cuantos hombres más, la pequeña armada entró en la Bahía de Coro. La fortaleza y la ciudad cayeron en su poder sin oponer demasiada resistencia; pero la falta de comida y agua lo obligó a volver al mar... Desbaratados sus planes, confiaba todavía en que por los cambios de la escena militar y política de Europa, que indudablemente eran entonces favorables a su proyecto, le sería posible contar, en el último minuto, con el apoyo de Inglaterra. Y otra vez volvió allá para negociar.

Aún estaba indefinida la política inglesa respecto a las colonias españolas; pero los sucesos parecían inclinarla hacia los planes de Miranda. Esta tendencia se acentuó por la intervención directa de Napoleón en España después de la abdicación de Carlos IV. Miranda conversó con George Canning, con Lord Castlereagh, con Lord Melville y trató de enviar una vez más una expedición a la costa venezolana. Pero esta vez la expedición no consistiría en un puñado de patriotas embarcados a su suerte; esta vez sería una operación militar cuidadosamente planeada con barcos y tropas británicas. Así pues, un ejército se puso en pie bajo el mando de Sir Arthur Wellesley, con quien Miranda había trabajado en estrecha cooperación. Por fin todo parecía apuntar a una feliz conclusión; pero la suerte estaba aún contra Miranda. Napoleón había ido muy lejos en su plan de dominar España y el pueblo español se levantó contra el invasor. España se convirtió en aliado en vez de enemigo de Inglaterra. La armada que debía ir a Sudamérica, se fue a la península.

Miranda se quedó en Londres. Aunque la experiencia fue amarga, su fe estaba erguida. Hizo lo que tenía que hacer para cambiar su plan de acción. Si el levantamiento de España le cerró una puerta, abrió para Miranda otros caminos cuyo alcance y panorama eran mejores. Los eventos de la Península tenían fuertes repercusiones en los países hispanoamericanos y alimentaban sus apetitos de libertad.

Y llegaron los años de Miranda propagandista, los años en que él sirvió más bien como eslabón entre los movimientos patrióticos que eran cada vez más fuertes y amplios en los diferentes países sudamericanos. La capacidad intelectual de Miranda alcanzó su madurez. Su círculo de amigos británicos había aumentado: la lista es larga y notable, John Turnbull, el mayor Jardine, James Penman, Thomas Pownall, el coronel Hojnstone, el general Malville, el doctor Priestly, John Ruthfurd, Benjamín Cooper, H. H. Dalrymple, el doctor Johnson, Lady Heste Stanhope, Sir Evan

Nepean, Nicholas Vansittart, el almirante Thomas Graves, el doctor William Thompson y muchos otros. Discutía, además, las ideas del nuevo siglo con intelectuales del tamaño de Jeremías Bentham, James S. Mill y William Wilberforce y, estimulado por su amigos publicó artículos en el *Annual Register* y en la *Edinburgh Review*. Su casa era también todavía lugar de reunión de los patriotas sudamericanos y todo resultó en "El Colombiano", un panfleto que podría ser el antepasado de los periódicos en el exilio. Estos fueron probablemente los años menos espectaculares y aparentemente menos productivos de la vida de Miranda, pero también los que habían de ofrecer más fruto.

Miranda estaba entonces cerca de los sesenta. Permanecía erguido, aunque con la cabeza gris. Tenía derecho al reposo. Su casa en Fitzroy Square daba la impresión de prolongadas horas de estudio en la biblioteca e intimidad en el rincón del hogar. Allí vivió rodeado de sus amigos; a éstos se refiere en sus cartas a la "pequeña familia". No es sorprendente que en sus últimos años, cuando ya no estaba en Londres, sino en La Guaira o en La Carraca, recordaba su hogar en Inglaterra.

Miranda nunca desvió su atención de los problemas de Sudamérica y un día recibió noticias desde su país natal: El 19 de abril de 1810 el Cabildo de Caracas asumió el poder y formó una Junta Suprema para gobernar el país. Esa Junta estaba ansiosa de contar con el apoyo de las potencias y por lo tanto envió representantes a la Gran Bretaña y a los Estados Unidos. Simón Bolívar, Luis López Méndez y Andrés Bello llegaron a Londres. La opinión pública les fue propicia, Miranda mantuvo estrecho contacto con ellos, les presentó a sus amigos y puso a su disposición toda la vida inglesa. Cuando terminó la misión de Bolívar, Miranda lo siguió a Venezuela. Zarpó de Londres en octubre de 1810.

Al llegar a Caracas, la Junta y el pueblo lo aclamaron. Estos fueron los días dorados en los que los sueños de Miranda parecieron realizarse. La nueva nación estaba dando sus primeros pasos en una atmósfera de idealismo patriótico: Se instaló un Congreso de hombres de intelectual preeminencia y el 5 de julio de 1811 fue proclamada la independencia de Venezuela. Miranda estuvo entre quienes más contribuyeron a esta proclamación. Fue su hora brillante. La decisión estaba tomada y Venezuela y todos los otros pueblos de América serían libres. La eterna gloria de Miranda se debe a los esfuerzos que hizo para ello.

Pero el camino era difícil. Aún quedaba gente hostil al nuevo régimen y las suspicacias, las envidias y los dissentimientos tomaron incremento también entre los mismos patriotas. Ante el peligro, Miranda fue nombrado General en Jefe y sofocó la rebelión en las partes aquéllas donde la fidelidad a la Corona permaneció firme; pero la Junta lo reclamó en Caracas antes de que él hubiera terminado con la mayor fuente de inquietudes en la región de Coro. Entonces el jefe realista Monteverde tomó ventaja del descontento y ganó la ofensiva. Ante la emergencia, Miranda fue nombrado Generalísimo, con amplios poderes militares y políticos. Creyó que podría sofocar el peligro, pero la suerte estuvo contra los patriotas. Estos sufrieron inesperados reveses y Miranda,



ansioso de evitar los horrores de la guerra civil, inició negociaciones con el general realista. Se preparó un armisticio que Miranda aceptó porque creyó que era lo mejor para su país, pues en él se estipulaba absoluto respeto para todas las personas, sin persecución ni represalias.

Las solemnes promesas no fueron cumplidas. En lugar de la esperada era de paz y reconciliación, llegó un período de cruel venganza sobre los patriotas venezolanos. Miranda mismo fue preso cuando hacía preparativos para dejar el país y arrojado a un calabozo de La Guaira. Este fue el principio de su cautividad, el último episodio de su vida. Más tarde fue llevado, primero, a Puerto Cabello y luego fuera del territorio de Venezuela, a la Cárcel Real, en Puerto Rico. Sin embargo, el espíritu de Miranda no decayó: desde la prisión proclamaba la deslealtad que implicó la falta de cumplimiento del armisticio y su voz se levantó en defensa de los perseguidos. Escribió frecuentemente a la Real Audiencia en Caracas y a las Cortes en España, que entonces estaban reunidas en Cádiz. En estos documentos de gran dignidad denunció la persecución a los patriotas venezolanos: "hombres que hubieran preferido morir mil veces con sus espadas en las manos, a someterse al ultraje y a la vergüenza". En 1813 lo trasladaron a Cádiz y cruzó el Atlántico por última vez

para vivir en La Carraca el último período de su vida.

Miranda tenía sesenta y tres años; el tiempo le había puesto blanca la cabeza, pero no avejentado el espíritu. La vigilancia con que estaba guardado le hacía imposible conocer lo que sucedía en el mundo, pero encontró solaz leyendo a sus clásicos favoritos y eventualmente pudo hacer contacto con sus amigos de Inglaterra. Pero esto no era suficiente para los amigos de Miranda en Inglaterra, y tramaron su escape. Mientras tanto, como Peter, el hijo de John Turnbull lo dijo en una de sus cartas, se debió sobre todo a la influencia del almirante Flemming que la prisión se le hiciera menos incómoda; le quitaron los grillos de piernas y brazos y lo mudaron a un calabozo aireado y relativamente saludable. La planeación de su libertad tomaba tiempo, pues en sus cartas a Nicholas Vansittart, Miranda insistía en que si su liberación no llegaba pronto, sería demasiado tarde para disfrutarla. Posiblemente se sentía débil, antes del 29 de abril sufrió un serio ataque de apoplejía y aunque recuperó el conocimiento durante algún tiempo, murió el 14 de julio de 1816.

Miranda fue de complexión mediana, pero bien proporcionado y su robusta figura daba la impresión de energía y vitalidad. Sus facciones fueron toscas, pero firmes; su semblante amplio y abierto, sus labios finos; su piel y cabellos, morenos; su mirada interrogante y aguda. Miranda tuvo ademanes seguros y resueltos, corteses a las veces y a ratos bruscos. Fue extremadamente fuerte, pero su porte gracioso y digno. Era vehemente y convincente al conversar y estuvo dotado de personalidad magnética. Quienes hablaron o escribieron de él en diferentes países, todos mencionan esta característica: La Duquesa de Abrantes dijo que fue "un hombre de extraordinario continente, más bien por su originalidad que por su belleza... en cuya alma una noble llama debe arder"; según la poetisa Williams, "Miranda tuvo un muy elevado espíritu"; el francés Gochelet dijo que Miranda "tiene un genio vasto y profundo"; el norteamericano James Lloyd afirmó que fue "el hombre más extraordinario y enérgico que conocí en mi vida"; el suizo Johann Lavater exclamó: "hombre todopoderoso... medras con el sentimiento de tu poder... con qué fuerza, qué potencia, qué versatilidad, qué valor te ha dotado la naturaleza" y en otra parte, acaso la mejor alabanza de Miranda, también brota de la pluma de Lavater: "es un hombre realmente compuesto por un mundo de hombres".

Otro rasgo sobresaliente del carácter de Miranda fue su sed de conocimientos, la que databa desde su primera juventud. A la cultura adquirida en los libros, añadió la gran lección sobre el hombre que le dio su intensa vida. Fue esta lección sobre el hombre la que en todo momento determinó su postura ante las circunstancias, postura de humanista completamente moderno que sostuvo su fe en los destinos de América: "él, que había sentido, como europeo, que Europa es una entidad, sintió aún más, como americano, la solidaridad de América hispana". Perfectamente le corresponde el título que se le ha otorgado, el *Precursor*, en ambos sentidos, en el de patriota y en el de profeta del nuevo humanismo.

HUELLA DE GABRIEL MIRO

por
**Victor
MAICAS**

"En febrero del año 1914, Gabriel Miró traslada su hogar a Barcelona". Así nos lo dice Vicente Ramos en la magnífica biografía dedicada al ilustre estilista alicantino.

Gabriel Miró, de cuya muerte se cumple en el año en curso, el treinta y ocho aniversario, sabido es que llevó una existencia un tanto amarga. La estrechez económica de su vivir le hizo abandonar su Alicante adorado. Y este alejamiento, por siempre transirá de nostalgias su encendido corazón de artista. Aunque a ambas ciudades las orilla el Mediterráneo mar, la urbe catalana, inmensa, populosa, carece de aquel sosiego, de aquella dulce intimidad que posee su ciudad natal. Durante su estancia en Barcelona el recuerdo de su tierra jamás le abandonará. Nada importa la acogida cordial, respetuosa, con que le distinguen las más destacadas personalidades del momento, para él solamente hallarán eco en su corazón las resonancias del paisaje alicantino.

A pesar de todo, también su vida en la ciudad condal girará bajo el signo económico. Habrá de someterse a la servidumbre de una oficina. El —tan soñador—

consumirá cinco horas diarias entregado a cálculos aritméticos por fuer de su empleo como contable en la Casa de Caridad barcelonesa. "He de estudiar las cuatro reglas y la de tres"... ¡Triste sino el del escritor!

Ciertamente que tal avatar suyo da pena. Entabla una dura lucha por el arte. De ella, claro está, saldrá victorioso.

La prensa barcelonesa, que sabe de su alta jerarquía intelectual, le brinda sus páginas. Y en ellas irán apareciendo sus finos, deliciosos trabajos literarios. Muchos de ellos se agavillarán luego en nuevos libros.

Así, escribirá, cincelará, las maravillosas "Figuras de la Pasión del Señor". El paisaje de Tierra Santa es magistralmente evocado por el artista, como asimismo la sicología de cada uno de los personajes que componen el impresionante retablo.

Existen en Gabriel Miró dos personalidades: la humana y la literaria. Pero ambas se compenetran. Su condición humana es ejemplar. Quienes le conocieron personalmente señalan que fue hombre de gran bondad y de trato sencillo. Con esa auténtica sencillez de todo espíritu cultivado y sensible.

En cuanto a lo literario es notorio que todo a lo largo del tiempo sufre variación, sin embargo —al menos eso creo—, los libros de Gabriel Miró serán siempre materia incitante para quienes deseen del goce de leer la más bella prosa castellana que se haya escrito.

Gabriel Miró fue uno de los escritores más señeros en el panorama literario de su época. Su prosa todavía tiene vigencia. Es cálida, luminosa, cautivadora. Se paladea como un fruto goloso y tiene también reverberaciones del paisaje donde él viera la luz primera.

Y así, Gabriel Miró, ya residente en Barcelona o luego en Madrid, llevará siempre consigo el aliento de su tierra alicantina. Y con finas, suaves, sutiles pinceladas, describirá sus cielos, sus campos, su mar... De tal modo, que su obra toda estará transida de ese amor a la tierra natal.

No hay duda, pues, que su estilo dejó honda huella en la sensibilidad del lector.

Tal vez por eso, el mejor homenaje que podamos rendir a su memoria sea "escuchar", desde las páginas de uno de sus inmortales libros, el eco fraterno de su "voz".

MADERERIA

LAS SELVAS, S. A.

MADERAS

TRIPLAY, CELOTEX
FIBRACEL, MASONITE
DUELA PARA PISOS,
CAOBA, CEDRO ROJO,
OCOTE Y PRIMAVERA.

TELS.

22-23-22, 22-10-22 y 22-29-06
EMILIANO ZAPATA 124
MEXICO 1, D. F.

MADERERIA

CARDENAS

M. ALONSO Y CIA.



FERROCARRIL DE CINTURA 209
MEXICO 2, D. F.

TELS.

26-53-16 y 29-12-28

LA CARICATURA EN MEXICO

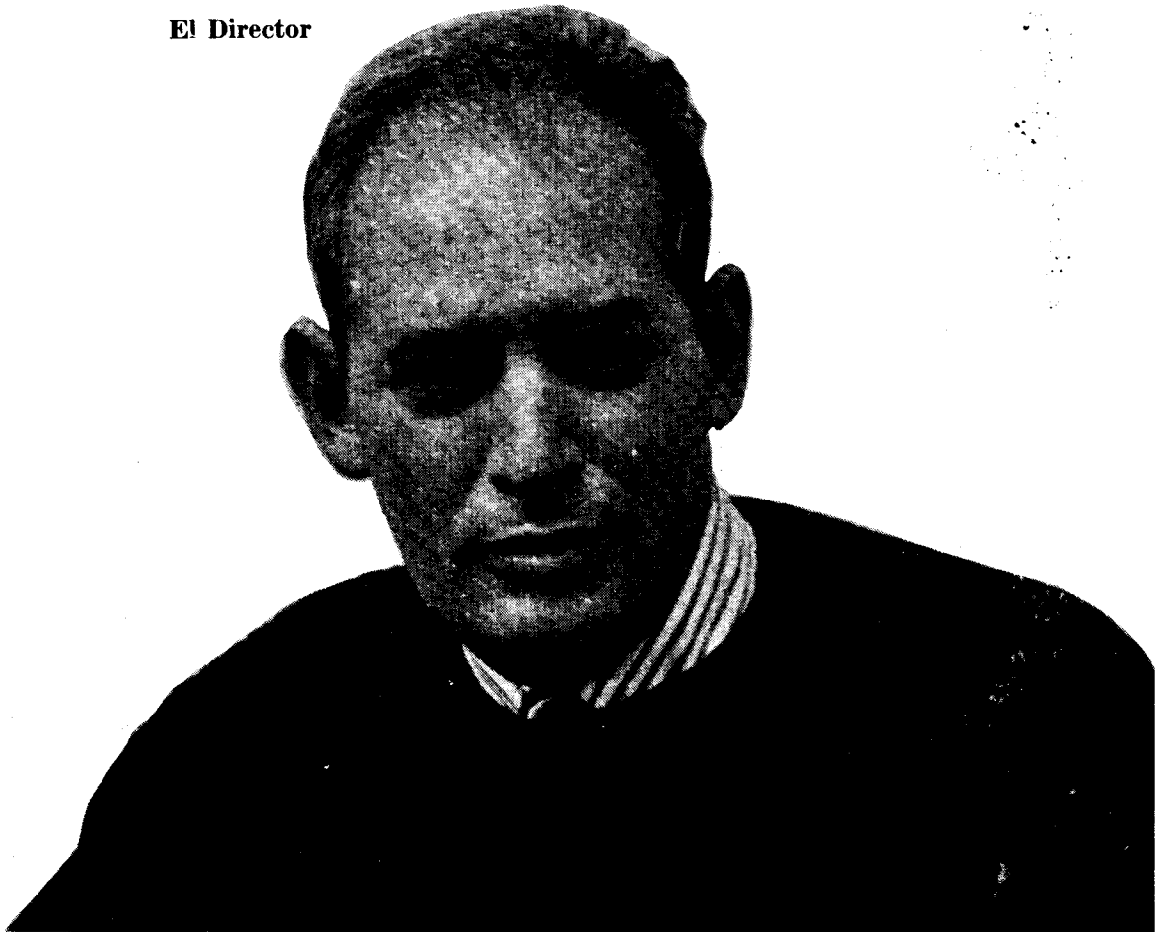
AMENA CHARLA CON ABEL QUEZADA

por Max E. Cymet Ramírez



Este Quezada es tan quijote como aquel Quesada,
Quijana o Quijano de grata memoria.

El Director



LO QUE LATINOAMÉRICA
NECESITA...



ES UN GRAN
PRESIDENTE...



Posiblemente el más cáustico y a la vez el más equilibrado de los caricaturistas mexicanos es Abel Quezada; de mediana edad, robusto, sumamente amable, jovial, simpático e ingenioso (no podía ser de otra manera) y completamente distinto a la caricatura que de él mismo ha hecho, es sin duda el más popular a pesar de que, asegura que no le gusta la publicidad ni menos la personal. En este renglón me gustaría que estuviera aquí José Luis Cuevas para que la desarrollara, pues él es el que sabe de publicidad, autopublicidad y de autoelogio.

"Yo prefiero que se conozca mi trabajo y que éste se refleje o tenga un efecto en la gente que lo lee si es que lo aprecia. Pero no me importa que la gente me conozca a mí personalmente y muchas veces, o siempre, prefiero que no me conozca".

Norte.—Sin embargo, ¿podría hablarnos un poco de Abel Quezada?

"Yo nací en Monterrey y esto lo han sospechado mis amigos toda mi vida, estudié en Monterrey y en muchas ciudades de la provincia. Mi padre era Ingeniero Mecánico-Electricista y era un nómada, estaba una temporada en el Sur de la República y otra en el Norte, la mayor parte de las veces en el Norte, pero en distintos pueblos. Yo estudié en San Luis Potosí, en Monterrey, en Ocampo, Tamps., en el norte de Tamaulipas también, en Chihuahua, en el Colegio Progreso en Parral, exactamente en el lugar en donde mataron a Pancho Villa. Enfrente de donde lo mataron el río Conchos atraviesa Parral haciendo una "S"

y había un puente frente a la escuela y por ahí había pasado Villa y al otro lado del puente lo estaban esperando con la emboscada que todos recuerdan le costó la vida, creo que le habían puesto dentro de su cuerpo más de dieciocho balas. Eso me impresionó mucho de niño y me acordaba mucho, siempre que estudiaba veía yo las paredes de la escuela y creía ver o creo que existían de verdad las balas que habían matado a Pancho Villa. Todo eso se me grabó mucho".

"Después viajé a otras partes de la República, a Torreón, a Monterrey. Yo viajaba solo desde muy niño. A los 7 años recuerdo haber estado en un tren, me había dado mi padre para que me trasladara de una escuela a otra y tenía, tal vez, suficiente para ir más o menos cómodo, pero me había ahorrado la mitad del pasaje, iba en segunda y hacía mucho frío, mucho frío; llegué a la estación de Jiménez en Chihuahua y me acuerdo haber pasado toda la noche a la intemperie con aquel frío y en la estación de Jiménez esperando, habiendo dejado un tren y esperando que llegara otro; no había nadie en la estación, pasé toda la noche solo, yo creía que me iba a morir. Llegó el tren y me marché".

"Llegué hasta Torreón y de Torreón después seguí a Monterrey; me quedé en Torreón en un hotel, yo era como les digo muy niño y no me querían hacer caso, no creían que pudiera pagar el hotel, pero me habían dado más o menos suficiente y me quedé allí la noche; al día siguiente tomé el tren para Monterrey, ahí terminé la última parte de la primaria, la secundaria y algunos

¡EN LA CASA
BLANCA!



POR EJEMPLO: RICHARD NIXON.



otros estudios. Después ansioso por trabajar, me fui a Ciudad Mante, quería ir a México y pasé a San Luis Potosí, ahí estudié comercio. Esto es lo que he practicado, pero con relativo éxito, nada más la caricatura. No tengo muchas cosas que hablar de mi vida pasada; el factor decisivo en mi vida ha sido la suerte, para todo he tenido una suerte maravillosa, siempre ha habido alguien que me ayude, a veces mis amigos, otras veces mi familia y a veces las circunstancias, he tenido la suerte de llegar a tiempo a la oportunidad y la he aprovechado bien. Ha sido muy hermosa para mí la vida. En realidad, me gustaría que todo lo que ocurrió en el pasado volviera. Si volviera yo a vivir, mi conducta hubiera sido la misma, porque no puedo decir que hubiera sido capaz de enmendar mis errores”.

Norte.—¿Por qué es usted caricaturista?

“Por accidente; yo comencé a hacer caricaturas o como se llamen desde muy temprano, desde que yo era estudiante; comencé a hacerlas por broma mientras estudiaba otras cosas y las hacía sobre mis compañeros o sobre lo que ocurría alrededor de la escuela en que yo estaba; después comencé a publicar, comencé cuando yo era un chamaco de 15 años y tuve buen éxito y seguí publicando”.

Norte.—¿Qué es para usted una caricatura?

“Es una forma breve de comentario sobre una noticia de actualidad, es una manera de expresión, en realidad, periodísticamente hablando, es la forma más rápida de llegar al público con una opinión”.

Norte.—¿Es muy importante ser buen dibujante para ser caricaturista?

“Sí, considero que es muy importante, pero yo he sido muy afortunado demostrando lo contrario”.

Norte.—¿Cómo considera la caricatura?

“Bueno, yo la considero como un oficio. En la antigüedad se consideraba como un arte secundario. Creo que es una parte importante en la actividad de un periódico, como lo es el escritor de editoriales o el fotógrafo o el reportero, cada uno tiene una función, el caricaturista tiene la suya propia, creo que es la más afortunada y la más fácil cuando se tiene la idea para hacer la caricatura, cuando no se tiene es la más difícil”.

“La caricatura propiamente dicha, es una visión exagerada de las cosas, a la caricatura se llega por medio de la sorpresa, de la exageración, de la hipérbole o también por medio de líneas grotescas y ofensivas para el sujeto, para la víctima; claro eso depende del temperamento del caricaturista”.

Norte.—Creemos que en México no existe nadie que no conozca, aun en anuncios comerciales, los personajes de Abel Quezada, nueva mitología con millonarios de enormes anillos en la nariz y perros inverosímiles, el macho mexicano encarnado en el charro Matías, el villano Pompeyo, etc. ¿Cómo fueron naciendo?

“Bueno, originalmente yo hacía historietas, historietas de «monitos» y en las historietas la obligación primordial es crear personajes; entonces se inventa un personaje, casi salen solos y se ocu-

pan de desarrollar un argumento, el argumento lo inventa uno mismo y depende de la vitalidad que tengan los personajes para que «peguen» entre el público, tengan popularidad y arraigo; yo eso lo dejé hace muchos años, pero seguí con el vicio de crear personajes ya en la nueva forma de hacer caricaturas que tengo, que deriva un poco de las historietas y tiene antecedentes en la caricatura clásica mexicana también”.

“He hecho en mi vida tal vez más de 2,000 caricaturas como si tratara de probar que no puedo hacer ninguna. No sé dibujar, no tengo las habilidades que tiene un caricaturista natural, no sé escribir tampoco, de ahí que mis caricaturas o como se llamen, tengan un poco de las dos cosas: mal escrito y mal dibujado, yo no inventé este éxito, lo que yo hago es un comentario, no es una caricatura, yo hago un pequeño comentario y lo ilustro. Pero en el siglo pasado había caricaturistas que usaban también el texto y la ilustración conjuntamente para expresar una idea de modo que ése es el antecedente”.

Norte.—¿Cuáles son sus personajes?

“Gastón Billetes, el charro Matías, el Villano Pompeyo, hay otro tipo de Monterrey que se llama Celso, un perro «Solovino» y anteriormente tenía muchísimos personajes”.

Norte.—¿Por qué han ido desapareciendo?

“Aproximadamente en los cuarentas, dejé de hacer historietas (es la prehistoria), después me retiré y regresé, pero a hacer lo que hago actualmente, sobre todo en el medio más conocido que he tenido que es «Excelsior»”.

Norte.—¿Todo sus personajes representan tipos mexicanos?

“Sí, en general sí, aunque algunos son internacionales; no me refiero a que sean conocidos internacionalmente, sino porque pueden representar a cualquier individuo en el mundo”.

Norte.—¿Cómo apareció Gastón Billetes?

“Gastón Billetes representa al nuevo rico, nuevo rico mexicano que como todos sabemos es muy ostentoso, yo trato de combatir el nuevo *riquismo* no por envidia; trato de combatirlo, porque esa es una forma de hacer más pobres a los demás. El nuevo rico mexicano lo primero que tiende a hacer es exhibir su dinero, y generalmente no lo gasta en México, lo gasta en el extranjero o en cosas triviales en México. No es malo ser rico, lo malo es enseñarlo, enseñarlo sobre todo y especialmente a los que no somos ricos”.

Norte.—¿Su caricatura se puede considerar como crítica?

“¿Crítica?, pues sí, claro; es una crítica de carácter político, social, económico y deportivo”.

Norte.—¿Se considera agorero?

“Sí y no. He sido aprendiz de agorero. En realidad en el oficio que yo hago, hacemos mucho de agoreros, queremos adivinar las cosas que van a venir del futuro, queremos adivinar los movimientos políticos. ¿A poco me equivoqué con Nixon?, a Nixon tendré que empezar a tumbarlo dentro de 4 años, porque por Ley no puede ser antes”.

Norte.—Usted ha publicado dos libros, incluso uno apareció simultáneamente en inglés, ¿es así?

“Lo hice originalmente en inglés y lo traduje al español. Fue un error, porque era mucho más fácil haberlo hecho al revés. Lo hice así porque

la editorial de Nueva York que me lo pidió lo hizo antes que una editorial mexicana. Se publicó en Nueva York en donde lo terminé y después se pidieron los derechos para traducirlo al español. De modo que cuando yo gano, el dinero tiene que ir a Nueva York y luego pagármelo a mí en México. Es poco, así que no es gran fuga de divisas”.

Norte.—¿Por qué ya no ha publicado más libros?

“Pues tengo planes para publicar más libros, pero no con caricaturas como las que hago, sino con más texto y con pocas ilustraciones. El libro, salvo que sea uno un profesional, no es cosa que dé dinero”.

Norte.—¿Cuál es el México que le gustaría que se fuera?

“Es muy breve, es el que aparece en las páginas sociales”.

Norte.—¿Qué influencia reconoce en su caricatura?

“Bueno, originalmente de muchos mexicanos y extranjeros, pero, eso fue en el principio; creo que le ocurre a cualquiera. Mi influencia es básicamente extranjera, de caricaturistas ingleses, americanos y europeos en general”.

Norte.—¿De México hay algún caricaturista que particularmente le interese, que le agrade?

“A mí me gusta mucho Ríus; Ríus me parece muy gracioso y muy acertado, a veces exagera mucho la nota en tono negativo, pero generalmente tiene muy buen desarrollo y mucha gracia”.

Norte.—¿Usted cree que tenga alguna influencia sobre su caricatura?

“Originalmente creo que mi estilo ejerció una influencia sobre Ríus, pero también ocurre el mismo fenómeno, él se ha identificado consigo mismo después de recibir esa influencia”.

Norte.—¿Considera que su caricatura tiene alguna tendencia política o ideológica en especial?

“Sí como no, creo que todo caricaturista, generalmente todo el que está frente al público, sin interés de ninguna clase, debe procurar servir a la mayoría, debe tender a ser un instrumento para que la justicia social sea efectiva; yo busco con mi caricatura hacer un bien a la mayor cantidad de gente posible, de modo que eso implica una misión social”.

“Durante la revolución francesa se llamaba a eso ser de izquierda”.



**CERVANTES
EN AGONIA**

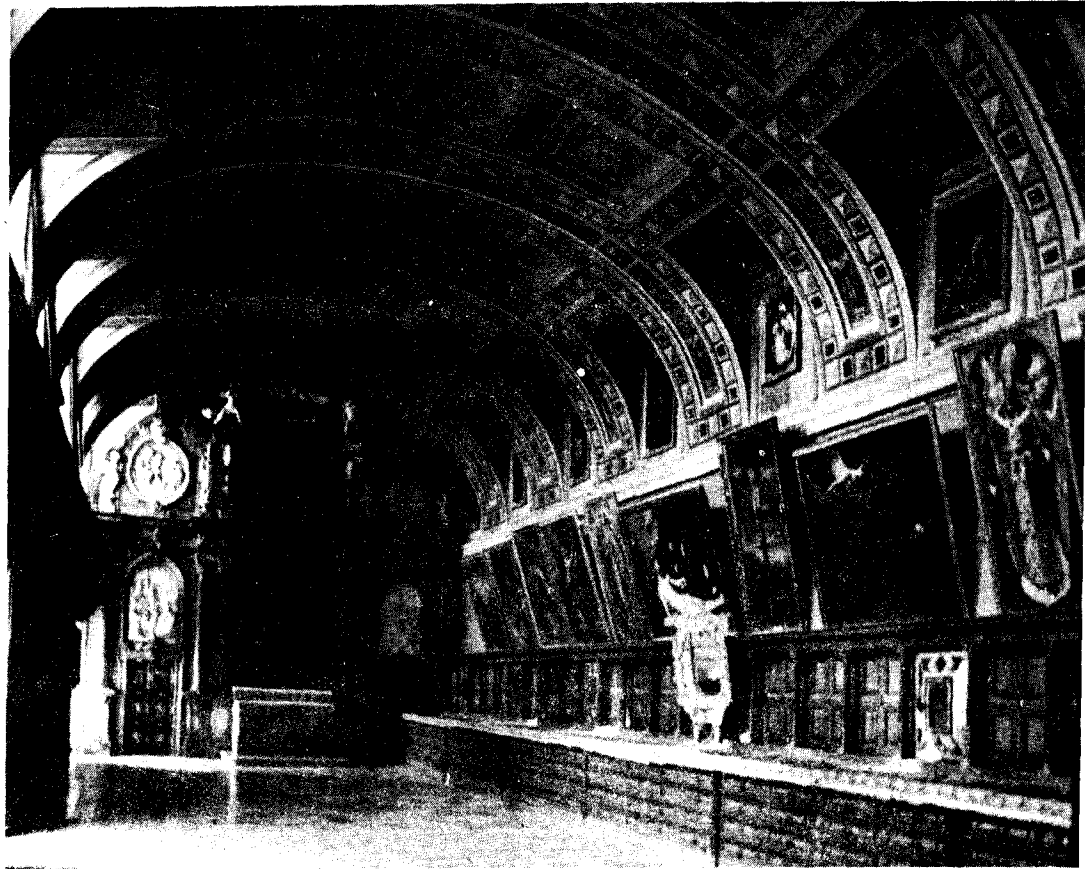
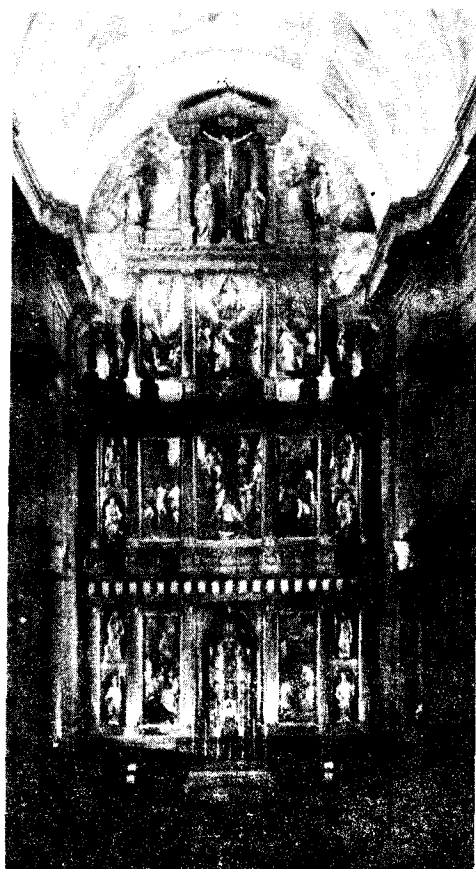
EL CHARRO MATÍAS LLEVÓ A INSCRIBIR A UNO DE SUS NIÑOS A UN COLEGIO PARTICULAR.-NADA TENDRÍA DE IMPORTANCIA ESTO SI NO CAUSARA UN CURIOSO FENÓMENO: CON CADA NUEVA INSCRIPCIÓN, EL ALMA DE DON MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, QUE FLOTA EN EL ÉTER, SE ENCOGE UN POQUITITO... ACLAREMOS:



LA PROFESORA EXPLICÓ:--"AQUÍ COBRAMOS CARO PORQUE DESDE QUE ENTRAN LOS NIÑOS LES ENSEÑAMOS A HABLAR INGLÉS.-COMO USTED SABE, LO ÚNICO QUE SIRVE EN LA VIDA ES EL INGLÉS; SIN ESE IDIOMA, LA GENTE DEL FUTURO MORIRÁ DE HAMBRE..."



PERO MATÍAS SE OBSTINA EN VIVIR EN EL ERROR.- EN EFECTO, NUESTROS HIJOS Y NIETOS TENDRÁN QUE HABLAR INGLÉS, EL INÚTIL ESPAÑOL DESAPARECERÁ... SERÁ UNA LENGUA MUERTA -Y EL ALMA DE CERVANTES, MORIRÁ.



EL REAL MONASTERIO DE SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

por JORGE GARBARINO

En las estribaciones de la Sierra de Guadarrama, a 50 kilómetros de Madrid, se alza el Real Sitio de San Lorenzo de El Escorial. El tren, en poco más de una hora nos pone en contacto con el pueblecito apacible, recostado en pinares sobre la ladera de una sierra. Todo es sencillo y acogedor en esa mañana de cielo claro mientras se asciende por la Avenida de los Reyes Católicos rumbo al Monasterio de leyenda que fuera inspiración de Felipe II para conmemorar la batalla de San Quintín en 1557.

Cuando se le enfrenta recorre uno todo el exterior que, a pesar de sus dimensiones (paralelogramo de 161 y 207 metros de lado), no anticipa para el visitante el extraordinario espectáculo que habrá de enfrentar en el interior.

El Real Monasterio —y esto para facilitar únicamente detalles técnicos— posee 16 patios, 88 fuentes, 13 capillas, 9 torres, 15 claustros, escaleras, 1,200 puertas y 2,673 ventanas. Entre todo eso, los muros guardan, podría decirse, una época gloriosa de la historia de España.

Recorrer El Escorial exige tiempo, pero ya vamos detrás del cicerone, indispensable para comprender cada uno de los sectores. En los apuntes desordenados y nerviosos no se reflejan más que impresiones personales, el itinerario queda desarticulado pero, de todas maneras, estamos ya en la Sala de las Batallas, donde las paredes lucen extensos frescos de motivos bélicos. Poco antes, las distintas habitaciones del palacio Borbón, en rápida sucesión, nos habían

traído a la vista magníficos tapices de Goya, de deslumbrante colorido, y en cuya confección se habían necesitado años, pues fueron confeccionados hilo por hilo; porcelanas, cuadros, muebles y objetos de notable valor, estaban dispuestos en los distintos ambientes.

Luego las habitaciones de Felipe II y el lecho donde el monarca pasara sus últimos días. Está amueblado con sobriedad y, ante la imposibilidad de asistir a los oficios religiosos, hay junto al lecho, una pequeña ventana desde donde puede apreciarse el altar mayor de la Basílica, en mármol y jaspes, en cuyo interior, de armónicas proporciones el visitante se encuentra con pinturas de Tibaldi, Lucas Jordán y dos magníficos grupos escultóricos, de Carlos V y Felipe II, en actitud de

oración, obra de Leo y Pompeo Leoni. En el Coro, un Cristo de Benvenuto Cellini.

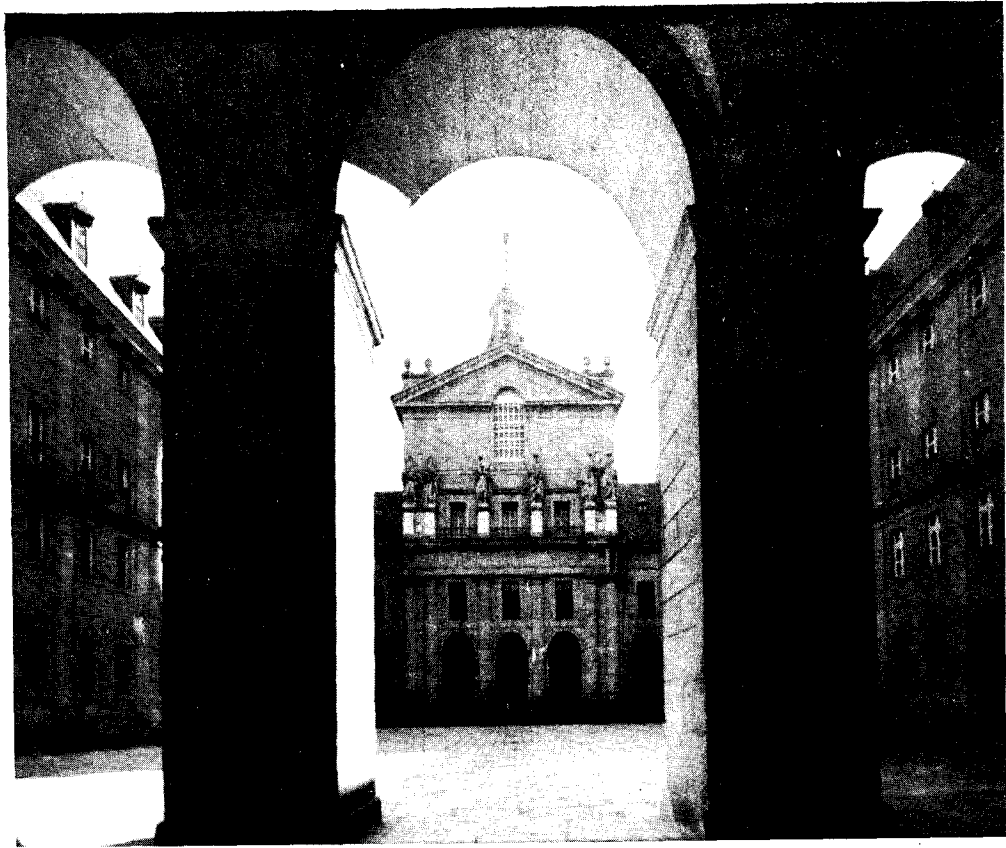
Emociona la silla en la cual, desde Madrid y en marcha de siete días, fue transportado Felipe II ante su imposibilidad ya de montar a caballo.

Las Salas Capitulares muestran el esplendor de las obras de arte que las pueblan, salidas de las manos de Tintoretto, Velázquez, Ribera, Tiziano, el Greco y otros, mientras la Biblioteca, con 40,000 volúmenes, posee valiosos manuscritos árabes, griegos y latinos. Sobre una tarima, entre otras cosas, el tintero de Santa Teresa.

La emoción se renueva en el andar por el Monasterio, donde la figura humana se ve empequeñecida, sea en sus patios, sea en sus corredores. Giran las llaves en la cerradura, se abre la pesada puerta de madera, y se inicia el descenso por escalones de mármol que han de conducir al Panteón de los Reyes. En una rotonda de mármol negro, finalizado en tiempos de Felipe IV, están los féretros, también en mármol, de los monarcas y reinas de España. En salas contiguas, Juan de Austria yace en su sueño de mármol blanco, mientras infantes, príncipes y princesas están ubicados en distintos ambientes, de acuerdo a un orden de sucesión.

Sigue la recorrida por el Monasterio, y los Patios de los Reyes y los Evangelistas, imponentes y severos, poseen obras escultóricas, el primero de ellos seis impresionantes estatuas de los reyes de Judá, mientras el segundo posee estanque y templete.

La vista que ofrece El Escorial es única y se adentra en el espíritu una infinita sensación de grandeza, que viene de un más allá a veces como admonición o como ejemplo. Fruto de lo que es capaz la fe



y el espíritu de empresa.

Cerca de allí, y por obra de Carlos III se alzan dos palacetes: la Casita del Príncipe y la del Infante, lugares amables, donde la severidad del Monasterio cede su lugar a la gracia. En ellas, obras de arte, amplios jardines y una nota de cosa joven, como que eran para solaz del Infante

Don Gabriel.

El Escorial se une y forma parte del paisaje, lo anima con su espectacular grandeza y lo puebla con el hálito de su historia, caracterizando una región plena de encanto, donde reposo de cuerpo y alma señalan, en silencio propicio, la vorágine inútil de la vida contemporánea.

POR QUE VAN LOS TURISTAS A ESPAÑA

por Joaquín Sanchis Nadal

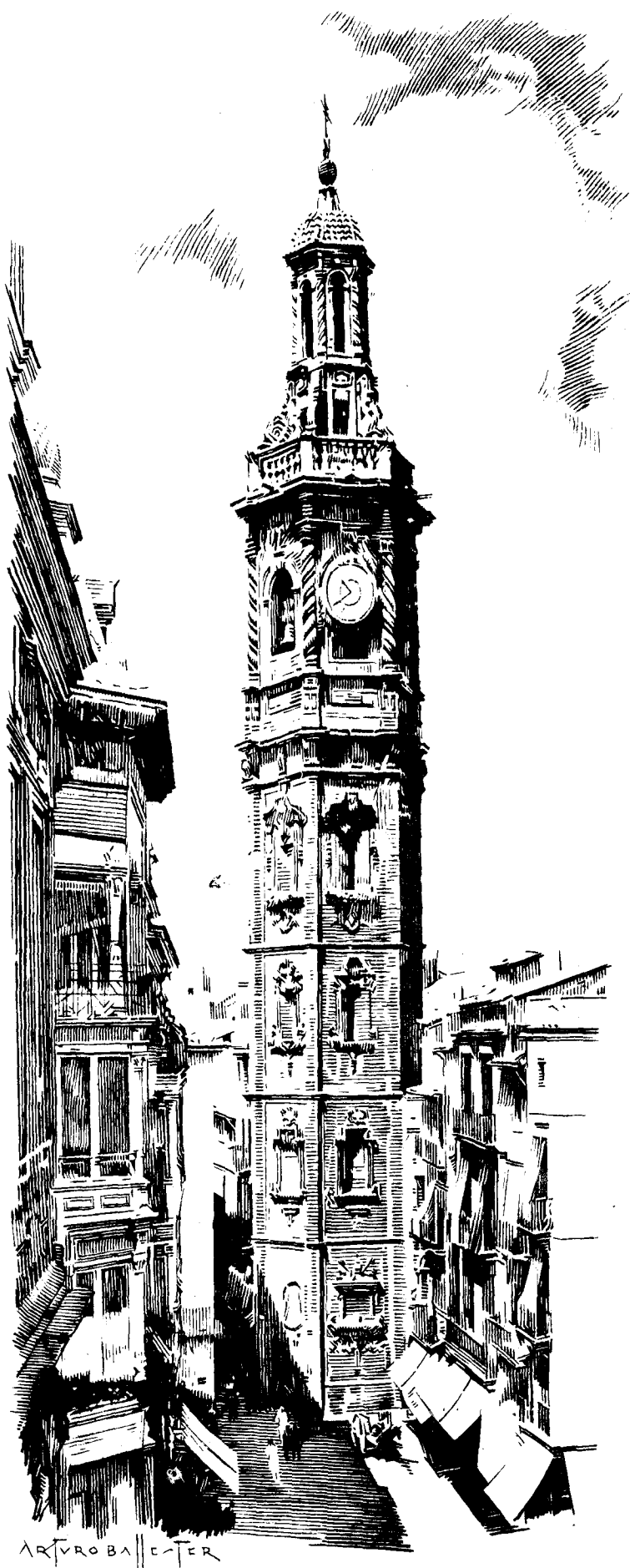
Muchos son los factores que han influido en el desarrollo de lo que se ha dado en llamar "el milagro turístico español". Y son tantos, que resultaría prolijo enumerarlos en el breve espacio de que disponemos.

Por ello nos referiremos a uno solo, porque entendemos que en él se concretan los valores humanos determinantes de ese "milagro", que no es tal "milagro", porque lo ocurrido en España es obra de los hombres, y éstos no se encuentran capacitados —en la Madre Patria ni en ninguna parte— para hacer cosas milagrosas.

La atracción turística la ha creado el español simple y llano, independientemente de los elementos con que la naturaleza ha dotado a su tierra y de los medios creados para el desarrollo de la industria: hoteles, restaurantes, "campings", hostederías, paradores, albergues, casas de departamentos, bares, etc., suficientes y necesarios para darle al viajero algo más que un bello sol, históricos monumentos, verdes valles, agrestes montañas y playas de aguas limpidas y azules.

Y la ha creado el hispano con su bonhomía, su espíritu hospitalario, su carácter abierto, su locuacidad, y, sobre todo, con ese espíritu de ayuda y de servicio que el habitante de la península Ibérica siente nacer en lo más hondo de su yo, cuando un forastero se le acerca en demanda de orientación o ayuda.

Muchos son los casos que conocemos; numerosas las anécdotas que al respecto andan de boca en boca sobre lo que le aconteció a éste o aquél en España; pero de ese vasto muestrario queremos destacar solamente unos pocos lances en los que fueron protagonistas personas bien conocidas en



México, de cuyos labios los escuchamos, y que por sí solos hablan de cómo el español trata al extranjero que pisa sus tierras.

Manuel Bastera Mellado, redactor de "La Prensa", hizo un largo viaje por España, cuando la avalancha turística todavía no se desparramaba, como ahora lo hace, por campos y playas. A bordo de un automóvil, que había sido puesto a su disposición por los hermanos Arechederra, el periodista mexicano recorrió, prácticamente, todo el país, en compañía de su esposa.

Una tarde, el matrimonio llegó a un pueblecito de Galicia, y la señora, que se encontraba un poco indispuesta, manifestó deseos de tomar un vaso de leche. En el pueblo, más bien una aldea, no había hotel ni restaurante, y el chofer, español, pensó que en alguna de las casas quizá pudieran vender un poco de leche. Pero como eran más de las cinco de la tarde, el jugo lácteo ya había sido repartido, y no quedaba ni una gota.

Regresaba mohino el conductor al automóvil, cuando se le ocurrió comentar:

"Era para una señora mexicana que no se siente bien".

La voz corrió como relámpago por la calle ¡Una señora mexicana necesita leche!

Y los vasos, las jarritas, comenzaron a surgir de todas las casas. Hubo leche —mucho más de la que hubiera podido tomar en una semana— para la señora Bastera. Y cuando el esposo quiso pagar, ¡allí fue Troya!

¿Ha dicho pagar? ¡No faltaría más! Y entre sorprendidas y enojadas, las lugareñas dijeron que

hubiera sido una vergüenza cobrarle un vaso de leche a una señora que venía de tan lejos...

Cuando Bastera Mellado contaba lo sucedido, no podía evitar que los ojos se le llenasen de una agüita que se parecía mucho a las lágrimas.

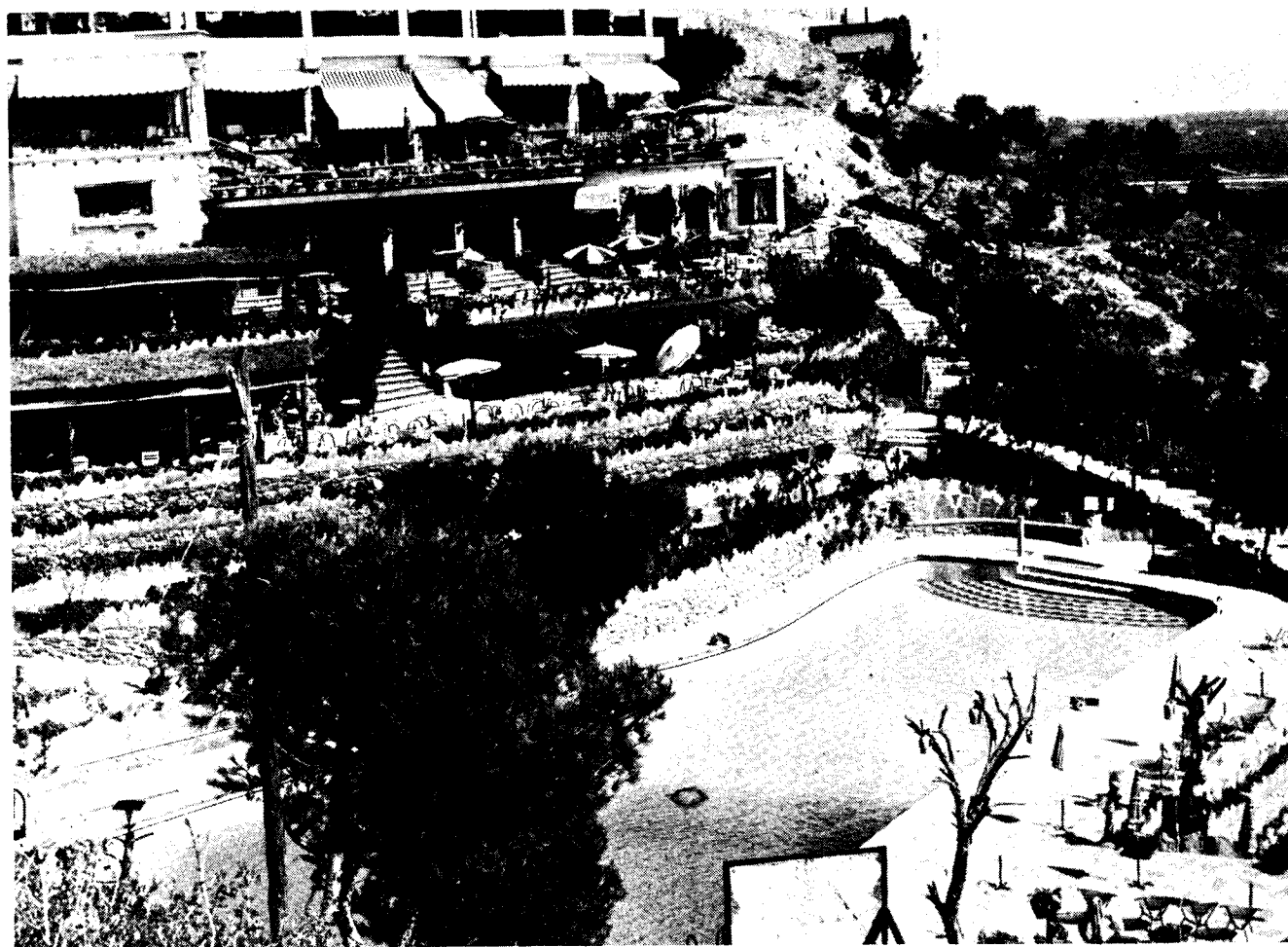
Otro día, el mismo matrimonio, esta vez en Valencia, acertó a pasar por un huerto de naranjos en plena recolección. La vista de las doradas naranjas, que casi desgajaban las ramas de los árboles con su peso, hizo que se les antojase comer un par de aquellos sabrosos frutos. Y allá fue el chofer a comprar unos pocos.

¿Comprar naranjas? ¡Imposible! Las naranjas ya tienen dueño y no podemos vender ni una sola.

¿Es una lástima! —comentó el chofer, que ya había adquirido cierta experiencia en el trato con la gente del campo español—. El caso es que se trata de un matrimonio mexicano que gustaría probar esas ricas naranjas.

¿Un matrimonio mexicano? ¡Haberlo dicho antes! No podemos venderles naranjas, pero regalárselas, sí podemos. Y no fueron dos o tres naranjas; fueron varias espuelas o capazos las que los mexicanos llevaban en el coche, cuando el auto arrancó, rumbo a la ciudad.

Otro caso curioso es el de los hijos (q.p.d.) del financiero don Carlos Truyet, a quienes un accidente automovilístico detuvo en una carretera, al anochecer de un día lluvioso. En la prensa de México, los nobles jóvenes hicieron pública su gratitud por los auxilios y atenciones recibidas. Su traslado a la población más próxima, el arrastre del averiado automóvil, la asistencia médica, el



hospedaje y los alimentos que se les dio; todo, en fin, lo que los campesinos pusieron a su disposición, fue completamente gratis.

Don Luis Solana cuenta, asimismo, un pequeño y revelador detalle. En Italia se le descompuso la cámara fotográfica y fue a ver a un mecánico para que se la arreglase. Le cobraron un montón de liras, y, días después, el aparato quedó inservible otra vez.

Al llegar a Valencia, el señor Solana entró a un pequeño establecimiento donde se reparaban relojes, aparatos ópticos y cámaras fotográficas. Explicó al artesano, un viejecillo por cierto, lo que le ocurría, y el hombre desmontó el disparador, le encontró la falla y la reparó en dos o tres minutos.

—¿Cuánto le debo?

—Nada; no vale la pena... Sólo le cambié un pequeño tornillo.

—¿Cómo puede ser eso!

—Muy sencillo. Si le cobro lo que realmente cuesta habrá de ser muy poco y sería ridículo por mi parte, y si le hago pagar más de lo que vale, cometería un robo. Mejor lo dejamos así.

Y el hombre despidió al cliente con una amable sonrisa y volvió a enfrascarse en su trabajo.

Ese factor humano, desinteresado, cordial, amistoso és lo que ha conquistado al viajero del mundo; un factor que no ha sido maleado por la codicia y que hace que el turista se sienta seguro y contento en España.

Y es que el hispano no considera al extranjero —con las naturales excepciones— un sujeto de explotación.

Gracias a ello y a que el visitante tiene mucho que ver y admirar a lo largo y a lo ancho de la "piel del toro ibérico" España recibió el año pasado más de 19 millones de turistas.



CONCEPCIONES METAFISICAS

por W. H. Mackintosh

Como estudiante crítico de la teosofía, siempre me ha impresionado la grandeza de sus concepciones metafísicas. No existen en su doctrina nociones vagas o falsas, sino respuestas claras y coherentes sobre el origen y la finalidad de la vida, de la constitución del hombre y de su destino. El que estas nociones sean de hecho correctas o no, es otro asunto, no obstante no pueden ser rebatidas y son cuando menos satisfactorias.

El exponer este sistema del pensamiento en toda su magnitud y comprensibilidad y de manera que pueda ser entendido y captado su mensaje por las masas, todo ello sin apartarme de su esencia, es una tarea formidable. Creo yo que esto nunca se ha llevado a cabo, no obstante, se ha avanzado un largo trecho.

Es imposible discutir aquí los múltiples conceptos que abarca la teosofía, sin embargo, si discutiremos uno de particular interés para los espiritistas, como es el concepto de la vida después de la muerte. El estado post-mortem, es el punto de vista que deberá ser examinado y analizado de acuerdo con la doctrina general de la teosofía.

Una parte integral de los conceptos generales teosóficos es la doctrina sobre la reencarnación. Pero, ¿qué es precisamente lo que se reencarna? Debe recordarse que de acuerdo con la teosofía, el hombre está compuesto por la personalidad y la individualidad. La primera comprende el físico y los principios mentales y emocionales de orden inferior, la otra los principios mentales intuitivos de orden superior.

La muerte es el proceso de desechar sucesivamente los elementos y componentes del ser. Primeramente, el cuerpo físico es hecho a un lado. Luego el duplicado etéreo se desintegra. Finalmente la individualidad o sea el ego se separa de la personalidad, la cual se extingue.

El contenido esencial o espiritual de esta personalidad es asimilado por el ego, cuyo carácter distintivo es el resultado de la absorción de las experiencias de muchas vidas pasadas. Cuando el tiempo es propicio, el ego encuentra un nuevo embrión en el cual vuelve a nacer.

Pero, ¿qué pasa con el ego en el período intermedio de esta reencarnación? La teosofía especifica que durante este período, el ego está en un estado mental subjetivo, o en otras palabras, en un estado de sueño perfecto.

Respecto a la comunicación entre los "vivos" y los "muertos", la posición teosofista es diferente a la del espiritualista. La teosofía sostiene que esta comunicación sólo puede tener efecto cuando los "vivos" elevan su nivel consciente a la altura del de los "muertos".

El acto contrario sería casi imposible, pues los muertos no pueden abandonar su estado de ensueño post-mortem y bajar para comunicarse con los vivos; la comunicación entre este mundo y el otro, que ocurre según las doctrinas espiritistas, es desde el punto de vista teosófico una ilusión.

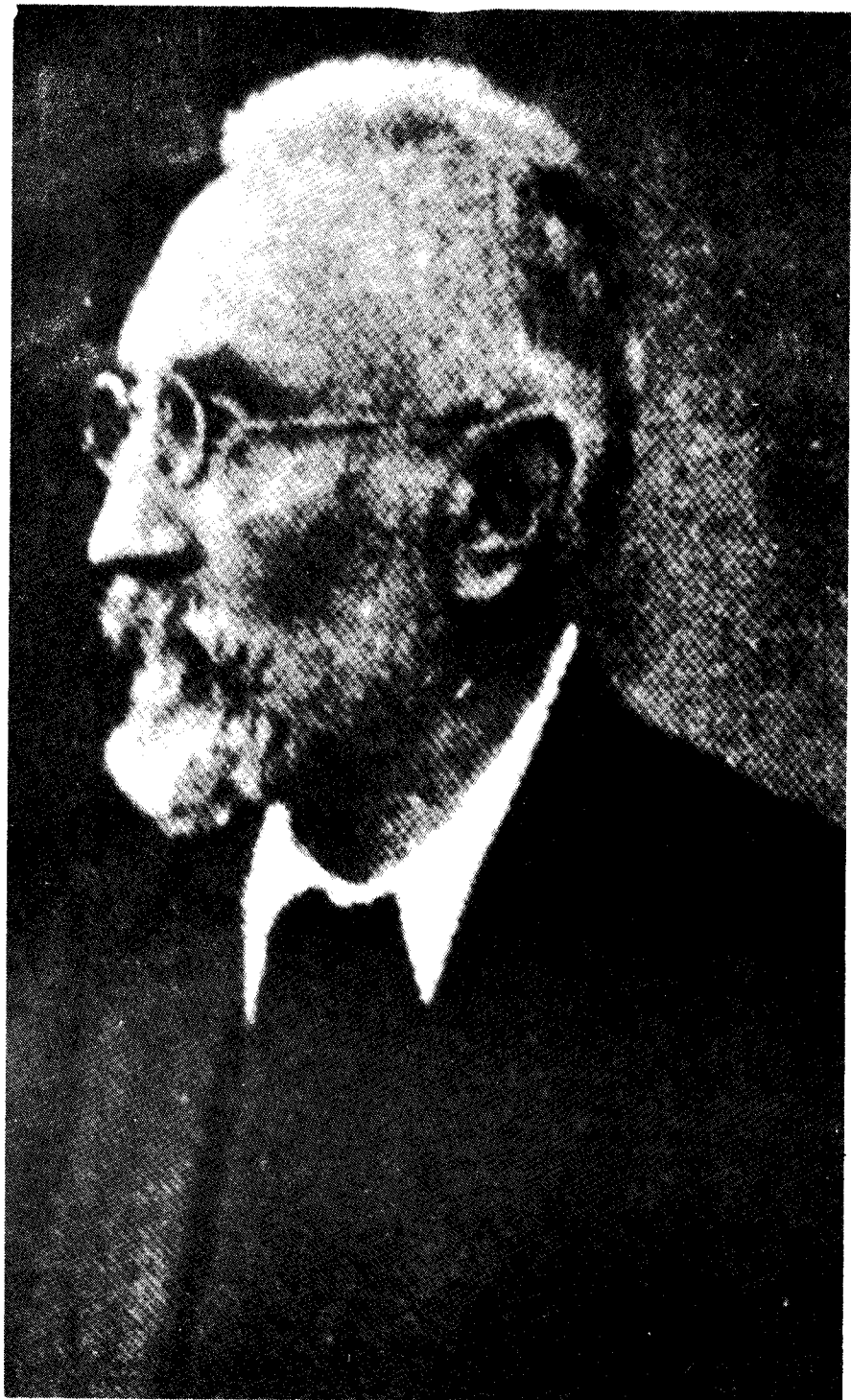
Las visiones clarividentes de los médiums se limitan solamente a las exterioridades astrales o a los restos de descomposición síquica que una vez fueron los cuerpos inferiores, emocionales y mentales de los espíritus.

Muchos de los espiritistas dudan de la veracidad de estos puntos de vista; no obstante, algunos admiten que bajo ciertas circunstancias, el médium puede estar identificando equivocadamente lo que su clarividencia le revela. Sin embargo, es tan vago el conocimiento humano sobre lo ultrafísico y tan limitado, que no podemos emitir ningún juicio dogmático sobre este asunto, no importa lo que los "maestros" o "guías" hayan declarado al respecto.

Don Miguel de Unamuno y don Marcelino Menéndez y Pelayo —más de una vez usó en sus años juveniles esta elegante "y" coordinativa— fueron figuras —mentalidad y carácter— contrapuestas de dos generaciones coetáneas: la post-romántica y la del 98. Nada raro que Unamuno se *contrapusiera*, en el sentido literal de contraposición en contra (¿a quién y a qué no se contrapuso el indomable vasco, cuya obra debiera titularse toda con el mote de una de sus colecciones de ensayos y artículos: *Contra esto y aquello?*), a su maestro, el formidable cántabro de la *Ciencia española*. El proclamador desesperado y exasperado de la *Agonía del Cristianismo* no podía menos de discrepar en estilo y doctrina del paladín de la catolicidad a macha martillo, que en el tomo no escrito de su *Historia de los heterodoxos españoles* de seguro hubiera incluido, con todo respeto y aun con encomio a su discípulo bilbaíno y futuro rector de Salamanca, entre los herejes contemporáneos.

Y sin embargo, qué íntimos lazos, qué armonía de altos afectos y propósitos entrelazaban a estos dos claros varones el mismo dolor de la España eterna; el mismo dolor de la patria, el mismo anhelo de redimirla de su postración y desvío, su misma hijodalga bazarria para defender los auténticos valores hispánicos, de enfrentarse con tezón y a todo evento a los detractores y menospreciadores de la patria, de la magna patria en que sus antiguas provincias de ultramar estaban entrañablemente comprendidas y unimismadas.

En el año universitario de 1883 a 1884 el joven Unamuno fue discípulo de Menéndez Pelayo en el campo oficial de Literatura Española, cátedra obtenida por el autor ya célebre de *Horacio en España* y *La Ciencia española* cuando apenas contaba veintidós años, en unas oposiciones resonantes en que hubo de intervenir el prepotente Cánovas para obviar la dificultad legal de la menor edad del excelso aspirante. Luego en 1891, año que en mi *Claustro y tres maestros* fijé, por varios motivos, como el momento culminante de la vida intelectual y espiritual de Menéndez Pelayo, presidía el ya indiscutible —que no



**CONTRAPOSICION Y
CONFRATERNIDAD
AMERICANISTA DE LOS
DOS MAESTROS**

DON MIGUEL Y



por Armando Romero Lozano

DON MARCELINO

indiscutido— maestro de la crítica y erudición españolas el tribunal de oposiciones que concedió la cátedra de lengua griega, en la Universidad de Salamanca, al joven licenciado Miguel de Unamuno, de veintisiete años, quien por treinta y tres años, en un primer período que se extiende hasta su destierro a la Isla de Fuerteventura, ordenado por la dictadura de Primo de Rivera, y después desde 1930 hasta su muerte, sobrevenida en el diciembre trágico de 1936, regentó esa cátedra de Letras helénicas y luego la Universidad de Salamanca de la que había sido antes vicerrector.

En el mencionado año de 91, fecundísimo para las letras españolas, Menéndez Pelayo había producido buena parte, y la más sustancial de su ingente obra; su discípulo y colega, fuera de iniciales artículos, venía ya preparando una novela, de título bien unamunescos, *Paz en la guerra*.

Si el estilo es el hombre, lugar común que a toda tesis sirve de comodín, y el estilo del hombre de letras se revela ante todo en su manera de construir con palabras su pensamiento, Menéndez Pelayo se caracteriza, en la manifestación formal de su entendimiento y sensibilidad, por la soberana elocuencia del período y la cláusula, y Unamuno por el rigor desenvuelto y desembarazado de la sentencia y de la frase coloquial. Menéndez Pelayo es el *verbo*, Unamuno es la *palabra*. El instrumento expresivo peculiar del escritor santanderino es la oración, en su más amplia estructura latina —*cs magna sonatarum*—. El arma verbal de Unamuno es el monólogo, o más, el diálogo interior exteriorizado. Por eso, a pesar de haber compuesto volúmenes orgánicos, la *Historia de las ideas estéticas*, los *Orígenes de la novela*, la *Historia de los heterodoxos*, Menéndez Pelayo se desplegó naturalmente y sobre todo en discursos. Y no obstante su *Sentimiento trágico de la vida* y su *Vida de don Quijote y Sancho*, Unamuno se dispersó o mejor se *esparció* en artículos. Y hasta puede decirse que la obra de Menéndez forma una colección —densa colección— de discursos y la de Unamuno, una serie, múltiple serie, de artículos. Sin llegar a confundirse el

autor del *Discurso sobre la poesía mística* con el orador de curul y de plaza pública —cuán distinto Menéndez de Castelar— ni el ensayista del *Sentimiento trágico de la vida* con el mejor cronista o comentador de la hoja periódica.

Parece que los dos maestros se entendieron muy poco. Las históricas parejas rivales, émulas y aun malquerientes mutuas —recuérdense las pendenencias Lope-Cervantes, Góngora-Quevedo, Forner-Iriarte—, renacían en estos dos propulsores de dos líneas paralelas del mismo amor patrio. El profesor de Salamanca ya le pone muchas restricciones al criterio de su gran maestro de Madrid, no sin encarecer —en una curiosa carta a Clarín de 1900— la necesidad de poner en práctica el *Hay que juntarlos* de don Marcelino, fórmula para hacer laborar unidos en una misma empresa de restauración nacional a escritores procedentes de diversos campos. Y en un desahogo vehemente a que tiende a cada paso la pluma de Unamuno, rompe así: “No me venga Ud. otra vez más con su Menéndez Pelayo —se dirige a un amigo anónimo—, el suyo, que al mío, al que me dio mi cátedra, conocí, admiré y quise. Pero... pero qué daño ha hecho la grandilocuente superficialidad del Menéndez y Pelayo mozo, el de los alegatos catalógicos —de catálogo— de la *Ciencia española*, el sectario de los *Heterodoxos españoles*, el forjador de la leyenda blanca y el que ofreciendo a nuestros estudiosos un cómodo remedio —vagos— les ha permitido no investigar por sí mismos. Aquel don Marcelino entregado al rastrero (*sic*) balmesismo —que es menos que el escocismo del sentido común, supuesto filosófico—, aquel don Marcelino para quien, como para algunos que se dicen sus discípulos, la mística no era, en rigor, no era más que un género literario y que por miedo de mirar a la mirada de la Esfinge se volvió a contarle las cerdas del rabo”. Y más adelante: “los heterodoxos que se le indigestaron a Menéndez y Pelayo cuando mozo y periodista de a folio”. ¡Motejar de periodista de a folio, de hoja volandera al ya profundo investigador de *Horacio en España* y expositor de la novela entre los latinos! Pero, a pocas

vueltas, salta ya la contradicción paradójica, figura peculiar de su pensamiento: “Ahí está Menéndez y Pelayo cuya erudición y portentosa memoria tanto se alababa en su tiempo; pero en parte para escatimarle otras dotes fundamentales de su espíritu, la amplia y castiza arrogancia de su estilo —tan español también hasta en sus defectos— el soberano arte de resucitar épocas pasadas y su soplo poético en fin. Poético, sí, incluso en sus poesías, robustas y llenas, de las que no se habla lo que se debiera y es por esto más que por su erudición —de la que por lo que hace a lo no español habría mucho que hablar— por lo que ha de quedar como modelo clásico”. Soplo poético, distinto de la poesía en forma, impulso confidencial, hálito de sí mismo, expresión sin rebozo del mundo interior: toda esta fuerza de intimidad espiritual, que pudiéramos llamar lírica, la poseyó con más firme y persistente dominio Miguel de Unamuno que Menéndez y Pelayo. Este fue hombre de conocimientos vivificados; aquél, varón de pensamientos vividos. Magos uno y otro de sendas artes de fascinación mental, que se pudieran denominar la *bibliomancia* y la *logomancia*, la seducción del libro y por el libro y la seducción del vocablo.

Si Menéndez Pelayo aplicó los dones y virtudes de la elocuencia limpia, caudalosa, vibrante, al dominar las ásperas zonas de la erudicción y los sinuosos senderos de la crítica, Unamuno vivía sometiendo el rigor académico del lenguaje a un tratamiento acrobático enderezado a manifestar la inquietud e inconformidad de su espíritu.

Para una antología paralela de estos dos estilos del pensamiento español, entresacaría yo, y tal vez cualquier lector devoto de ambos maestros aceptaría igual selección, los capítulos, que por sí forman verdaderas piezas de la más eximia oratoria, consagrados en los tomos IV y V de la *Historia de las ideas estéticas* en España a Chateaubriand, a Lamartine, a Victor Hugo y a Musset entre los más calificados románticos franceses y a Goethe, Schiller y Hegel entre los excelsos valores de la cultura germánica, poniéndolos al la-

do, o más bien frente a un manojo o haz de ensayos recogidos sin discriminación en las colecciones que se han formado de la prolifera producción de Unamuno. Porque para esta siega caprichosa nos serviría de acicate esta perentoria confesión del mismo Unamuno en el comienzo de su artículo —*artejo* lo llamaría su propio autor— *Sobre mí mismo*, donde está de cuerpo y alma enteros este don Miguel de toda España desde el primero hasta el último término: “No faltará lector —empieza— que al leer el título de este pequeño ensayo cínico se diga: ¡pero si nunca ha hecho usted otra cosa que hablar de sí mismo! Puede ser que mi constante esfuerzo es convertirme en categoría trascendente, universal y eterna. Hay quien investiga un cuerpo químico; yo investigo mi yo, pero mi yo concreto, personal, viviente y suficiente. ¿Egotismo? Tal vez; pero es el tal egotismo el que me liberta de caer en el egoísmo... Con nadie me entiendo mejor que con los demás egotistas, es decir, con los cínicos, con los sinceros, y no soporto la hipocresía, que consiste en sacrificar la sinceridad a la veracidad. Si; ser veraces, muy bien; pero si ser veraz es ser fiel a la verdad, tan verdad como el binomio de Newton es cualquiera de nuestras flaquezas y pasiones. Lo que busco es gente que se confiese, y lo busco porque me interesa el hombre individual y concreto”.

Y que entre las magníficas —y muchas maravillosas— páginas de don Marcelino se me ocurre enarbolar las que compuso para enjuiciar a máximos pensadores y poetas no católicos o por lo menos tachables desde el punto de vista doctrinario tiene precisamente por fin manifiesto hacer comparecer a plena luz la actitud del crítico en trance de impartir justicia estética y aun moral a quienes estaban más alejados de su concepción del mundo y de la vida y aun de sus propios gustos, aficiones y educación humanísticos. Nunca brilló con más esplendor de amplitud y zagacidad justicieras la prosa del autor de las *Ideas estéticas* que cuando se dio toda a penetrar en el espíritu creador de los genios literarios y filosóficos he-

terodoxos o incrédulos. Y nunca halló mejor coyuntura de exhibir su quijotesco *Yo soy quien soy* el autor de *En torno al casticismo* que cuando en sus artículos de *Contra esto y aquello* afirmó su criterio de españolidad radical ante el genio extranjero.

Se pondría de manifiesto la antítesis conceptual y temperamental Menéndez-Unamuno —establecido el paralelismo de sus propósitos nacionalistas— si en esta antología imaginaria de los dos maestros que se me ha ocurrido proponer enfiláramos el discurso de Menéndez Pelayo sobre *Las interpretaciones del Quijote* con el artículo de Unamuno sobre *Lectura e interpretación del Quijote*, producidos a distancia de un año: de 1904 a 1905. En aquella oración se escudriña lo que hay de oculto y arcano en el libro, su virtualidad interpretativa; en este ensayo se debate fogosamente sobre el ser de don Quijote, sobre el valor existencial del héroe, separado, desprendido, con gesto casi hostil, junto con su personal complemento Sancho Panza, del autor del libro. Allí se trata del *saber* de Cervantes; acá del *ser* de su creación. Menéndez Pelayo mira profundamente desde afuera; Unamuno mira hondamente desde adentro. El crítico —orador crítico— de Santander cala con parsimonia desde la obra, desde el libro hacia el hombre. El crítico —polémico ensayista— de Bilbao, busca, desde luego, el hombre —el ser humano concreto— por entre su obra, su libro. Y tanto el hijo del puerto castellano como el hijo de la industriosa villa vascongada se portan como magos en su respectivo empeño: el uno es un *bibliomántico*, el otro un *andromántico*.

Tanto en los discursos y estudios del uno como en los ensayos y artículos del otro, abundan en los dos maestros peninsulares los juicios, referencias y noticias acerca de escritores y personajes de Hispanoamérica. Gratisima e inapreciable deuda de reconocimiento que tiene contraído el mundo cultural de las antiguas provincias ultramarinas con estos dos gloriosos paladines de la auténtica hispanidad. Afirma Felipe Cossio del Pomar en escrito conmemorati-

vo de Unamuno (*Cuadernos*, septiembre, 1964) que los artículos del joven profesor vasco influyeron en la decisión de Menéndez Pelayo de publicar el primer tomo de su *Antología de poetas hispanoamericanos* (1893), libro que, como bien dice Pomar, “hace conocer en España las actividades literarias de las antiguas colonias” e “inicia un verdadero descubrimiento de América”. No creo en esa influencia de Unamuno en el proyecto americanista del ya célebre historiador santanderino. No tenían los primeros escritos del profesor bilbaíno suficiente penetración en los círculos académicos en que se movía Menéndez Pelayo para proyectar su sombra de alumno sobre la aureola del maestro. Desde 1887 y aun antes venía documentándose sobre las letras hispanoamericanas, a juzgar por su correspondencia con don Juan Valera, entonces mucho más interesado que todos los demás españoles cultos por la producción literaria de las antiguas colonias. Había además un intercambio de cosa escrita que no se ha repetido en la misma medida cordial, dadas las dificultades de comunicación y los explicables recelos mutuos. La ocasión del cuarto centenario del Descubrimiento y la buena acogida que a la sazón estaban recibiendo por estas latitudes las *Cartas americanas* de don Juan Valera fueron, a buen seguro, incitantes para que Menéndez Pelayo llevara adelante su empresa de escribir una historia de la poesía hispanoamericana. Si de alguien recibió estímulo para tal empeño fue de su ilustre amigo y corresponsal don Miguel Antonio Caro. Después de haberse lamentado aquel en carta a Caro, desde 1878, del “aislamiento literario en que hasta ahora (y por desgracia) hemos vivido los españoles de uno y otro hemisferio” le excita así, desde Santander, en carta del 27 de julio de 1879: “Mucho agradeceré a usted que continúe abriendo a mis ojos ese mundo literario americano que es para nosotros tierra incógnita”. Y a través de la correspondencia entre don Marcelino y don Miguel Antonio se puede comprobar que el más apreciado y valioso proveedor bibliográfico, noticioso y crítico de la futura Historia y Antología, de la poesía hispano-

americana, fue nuestro magno escritor y hombre público. Coadyuvó en esta ambiciosa y generosa tarea el espíritu sutil y sinuoso de don Juan Valera, talento más amplio y flexible e ilustración más al día que su más joven y erudito amigo. Si bien esos altos propósitos de confraternidad aparecen un tanto enturbiados o rebajados por los asomos de olímpico desdén o de caritativa conmiseración con que los *Grandes* de la Crítica española, incluyendo a Clarín en ese tribunal espontáneo, se refieren a los valores literarios de las antiguas colonias de ultramar. El espíritu magnánimo de don Marcelino —y en esto sí que influyó el distante magisterio de nuestro Caro— supo sobreponerse a estas propensiones despectivas de la mentalidad común europea en relación con los pueblos de la América Latina.

Pero en comprensión cordial, y más justamente fraternal que maternal, sobrepasó a los grandes maestros el joven, y aun el ya proveyecto, maestro de Salamanca Miguel de Unamuno: cumplida ocasión —ahora que se agudiza el anhelo e intento de una integración hispanoamericana— para releer y glosar los artículos que en *Contra esto y aquello* y en *Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana* dedicó Unamuno a temas y autores de nuestra América: sobre la argentinidad, sobre sus caracteres generales agudamente glosados, de la república de nuestras letras, “una misma aquende y allende el Océano”, sobre la educación del criterio americano por la historia, sobre la escasa imaginación tanto de los españoles como de sus hijos de América y sobre Silva, sobre José Asunción Silva, de quien dijo cosas inexactas al lado de sagaces y provechosos juicios acerca del problema intelectual hispanoamericano. Y conste que ni Menéndez, por de contado, ni Valera, honrado lector, ni mucho menos Unamuno hablaron de oídas, o por simple ojeada, sino juzgando lo que leían a fondo, fuese del mérito que fuera.

No todo, sin embargo, era plena absolución con loores y zalemas en este juzgado literario abierto a las letras ultramarinas por los magistrados de la

crítica peninsular.

Desagrada, en la intimidad de la correspondencia de Valera y Menéndez Pelayo y en conceptos de Clarín a propósito del segundo, tropezar con brotes que nos suenan a prejuicio conquistador, y que derivan a guasa como la de tratar de chichitos a los hijos de las redimidas colonias: *chichito*, vocablo que debe traer su origen despectivo de la locución familiar “de chicha y nabo” con que se moteja a una persona o cosa de poca importancia.

Justificable sería y aun necesaria en sano juego de crítica, esa posición severa si se aplicase la misma vara de justicia a medianías intelectuales españolas inferiores en valor poético a las de estos trópicos indoiberos. ¿Qué tanto va del señor Torres Caicedo al señor conde de Almenara? Pero no quiero mover querrella retrospectiva a los Mayores de la antigua metrópoli. ¿Harto injustos hemos sido con los propios exponentes más eximios de nuestro pensamiento literario!

Echemos, hijos de Centrosudamérica, esos pelillos a la mar Océana y miremos sólo con apetitoso regocijo los frutos de ese primero y fecundo acercamiento por lo alto: los capítulos que introducen a la Antología de poetas líricos hispanoamericanos y que configuran la historia de la cultura literaria de este hemisferio hispánico en el siglo XIX por don Marcelino Menéndez y Pelayo, profesor de la cátedra de Historia de la Literatura Española del doctorado en la Universidad de Madrid, capítulos todos que son otros tantos discursos de documentada elocuencia —nunca como en Menéndez la efusión oratoria se alió tan estrechamente a la vasta y rigurosa erudición—. Y recibamos con repetido halago el benéfico revulsorio contenido en los ensayos y artículos —podrían editarse en volumen armónico— que sobre nuestros hombres y libros escribió don Miguel de Unamuno, rector de la gloriosa Universidad de Salamanca.

Don Miguel y don Marcelino —y los cito en orden inverso de calidad magistral y en ese respetuoso trato de confianza con que tratamos a nuestros maestros, porque fue a raíz del centenario del nacimiento (1964) de

aquel gran inconforme arrebatado por el tremendo vendaval del año 36 cuando se me vino en mientes asociar uno y otro nombre, Unamuno y Menéndez Pelayo, tan disímiles en carácter y temperamento, tan opuestos en ideología—, concordaron tácitamente su mente y voluntad patriótica en la comprensión viva y efectiva de este Nuevo Mundo geográfico y cultural, descubierto, conquistado, colonizado e *independizado* por la “sangre de Hispania fecunda”.

Tomado del N° 91 del 1° de agosto de 1968 de *Noticias Culturales* del Instituto Caro y Cuervo; Bogotá, Colombia.

BIBLIOGRAFIA

Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo (1877-1905). Con introducción de Miguel Artigas y Pedro Sainz Rodríguez, Madrid, Espasa-Calpe, 1946.

Epistolario de don Miguel Antonio Caro, Correspondencia con don Rufino J. Cuervo y don Marcelino Menéndez y Pelayo. Introducción y notas por Víctor E. Caro, Bogotá, Editorial Centro, 1941.

Historia de las ideas estéticas en España, Madrid, Imprenta de A. Pérez Dubrull, cinco tomos, 1883-1891.

MIGUEL DE UNAMUNO, *Contra esto y aquello*, Espasa-Calpe, Colección Austral, 1941.

Un claustro y tres maestros por Armando Romero Lozano, Biblioteca de la Universidad del Valle, 1958.

GUILLERMO DE TORRE, *Tres conceptos sobre literatura hispanoamericana*, Buenos Aires, Losada, 1963.

SOLICITUD DE SUSCRIPCION

NORTE

REVISTA HISPANO - AMERICANA

SUSCRIPCION POR 10 NUMEROS \$ 50.00

NOMBRE _____

DIRECCION O APARTADO _____

CIUDAD _____ ZONA _____

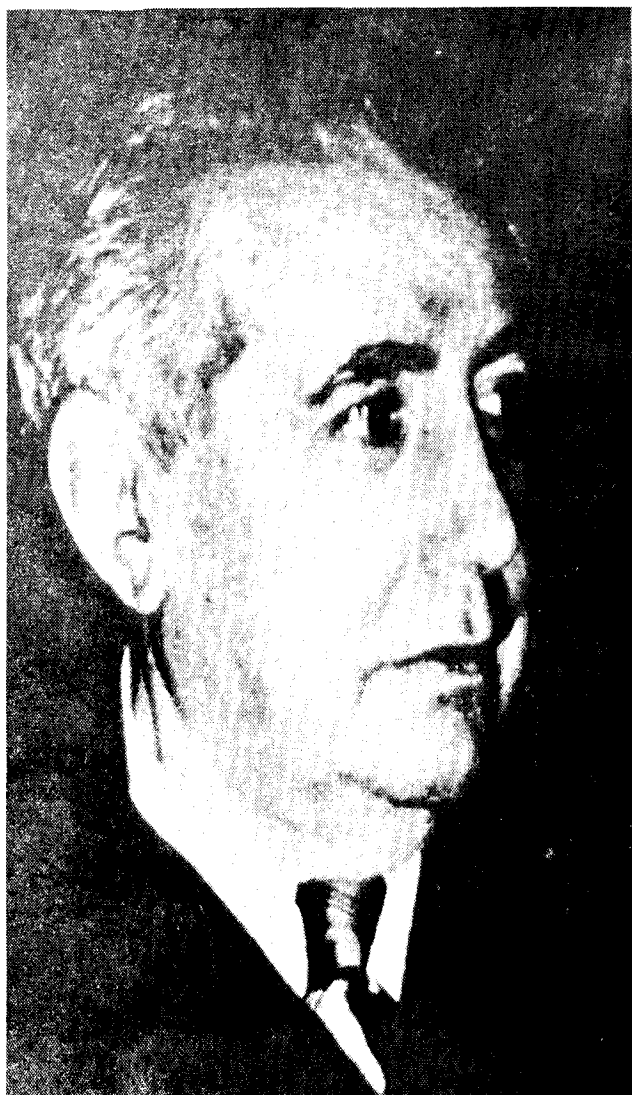
ESTADO O PROVINCIA _____ PAIS _____

ADJUNTO EN PAGO LA SUMA DE _____

PRECIOS:

Argentina	M\$ N180	Guatemala	50¢
Bolivia	Bs. 6.00	Honduras	L 1.00
Brasil	NCr 1.20	México	\$ 5.00
Colombia	Col. \$8.00	Nicaragua	C \$ 3.50
Costa Rica	C 3.50	Panamá	50¢
Chile	E° 1.08	Paraguay	G 65
Ecuador	S/.11	Perú	S/14
EE. UU.	50¢	Puerto Rico	50¢
El Salvador	C 1.25	Rep. Dominicana	50¢
España	P 25	Uruguay	Ur 40
		Venezuela	Bs. 2.25

RECORTE Y ENVIE ESTE CUPON, CON SU REMESA,
HOY MISMO A: FRENTE DE AFIRMACION HISPANISTA, A. C.
LAGO GINEBRA 47-C MEXICO 17, D. F.



ALFONSO
VIDAL
Y
PLANAS

DELIRIO III

A ESPAÑA,
¡YO ME LA TRAJE A TIJUANA!...

I

A España,
¡yo me la traje a Tijuana,
con toda su Geografía
sobre mi espalda,
y con todos sus tesoros
en las naves de mi alma!...

¡España que te tenía
lejos, tan lejos, de España!:
¡España que eras, conmigo,
por mi amor, una asilada
en esta gloria de suelo
en que se pisa la palma
de la mano de Dios mismo,
que es la tierra mexicana!

II

A España,
¡yo me la traje a Tijuana!...
y la puse en un altar,
junto a mi cama,
para que al verme morir,
en Hostias se me entregara!...

Por velas de devoción,
yo le encendí mis entrañas:
Cada noche, de rodillas,
la rezaba y la rezaba,
hasta asomar en el cielo
la Estrella de la Mañana.
Los pajarillos ponían
el amén a mi plegaria.

III

A España,
¡yo me la traje a Tijuana!...
Mas la ausencia de sí misma
¡me la mataba!:
Una pena de cien rosas
y otra pena de cien zarzas
sus espinas nazarenas
le clavaban, le clavaban...
¡Ay, cómo se me moría!:
Hasta que una madrugada
bajó del Cielo a mi alcoba
San Fernando, Rey de España.

IV

"A España,
¡yo me la traje a Tijuana,
porque es mi madre y la quiero
con toda mi alma!",
dije al buen Rey San Fernando,
cuyo manto fulguraba
tachonado de luceros
como noche de la Mancha,
y cuya frente de sol
se embellecía signada
por el lunar del recuerdo
de la morena Giralda.

V

"A España
—El Rey San Fernando hablaba—,
¡yo me la llevo a la Gloria,
porque es su Patria,
y tiene en la Geografía
de la Eternidad su mapa,
con más de diez mil provincias,
que están, sin Ella, apagadas!:
¡las más de diez mil provincias
de sus grandezas pasadas,
que en lo eterno son presente,
y en la Tierra luces fatuas!"

VI

"A España
—el Rey San Fernando hablaba—,
sus propias glorias de ayer
¡cómo la llaman
en la Gloria del Señor!:
Porque, sin España, España
en la Gloria verdadera
siente que le falta el alma.
Y en la Tierra, España es sólo
el alma en pena de España.
Por eso, bajé del Cielo
para llevármela".
(Dijo, y encendió un milagro:
el de la Asunción de España).

VII

A España,
¡yo me la traje a Tijuana,
y se me murió una noche,
de madrugada!...

Ya no está España conmigo,
ni está España con España:
que España ya está con Dios,
¡¡Sea bienaventurada!!...

(Dicen que no sé qué digo...
¡Qué he de saber, sin España!...
¡¡Ay, cómo lloro, abrazado
ansiosamente a Tijuana!!).

ENTERRADME EN ESPAÑA CUANDO MUERA

Enterradme en España cuando muera
(¡por caridad, hermanos, en mi España!),
si herido de su amor, en tierra extraña,
desagrado en suspiros, me muriera;

que eterna cárcel de mis huesos fuera
la fría fosa en la profunda entraña
de rejas y cerrojos de la huraña,
dura de corazón, tierra extranjera.

España es el amor de mis amores,
y por ella mi vida en surtidores,
de llanto se derrama y de emoción.

Que en la muerte, gusanos bordadores
borden con seda de mi polvo flores,
de España en el espléndido mantón.

LOS CLASICOS

BERNARDO DE BALBUENA.—Nació en Valdepeñas, España en 1562. Falleció en Puerto Rico el año 1627. En México vivió en Michoacán, Zatecas y Jalisco. Fue cura en San Pedro de Lagunillas. Fue capellán de la Audiencia de Nueva Galicia. Abad de Jamaica. Cuando murió desempeñaba el cargo de obispo en Puerto Rico. Su poesía es de una delicadeza poco común y gran perfección formal.

¿VISTE, ALCINO, POR DICHA, EN LA MONTAÑA...?

¿Viste, Alcino, por dicha, en la montaña
de algún oculto risco la dureza,
del encrespado golfo la aspereza
cuando el revuelto céfiro le ensaña,

la dura encina, la mudable caña,
del jabalí acosado la fiereza,
del invierno el rigor, y la braveza
del fuego apoderado en la cabaña?

Pues con el trato de mi ingrata bella,
aquella tan cruel como divina,
la peña es blanda, el mar tiene sosiego,

y al fin parecerán floresta bella
el risco, el golfo, el céfiro, la encina,
la caña, el jabalí, el invierno y fuego.

FRANCISCO DE TERRAZAS.—(¿1540?-
¿1600?). Es el poeta más antiguo conocido de México. Era hijo del mayordomo de Hernán Cortés y "hombre de calidad, señor de pueblos y gran poeta". Miguel de Cervantes hace de él vivos elogios en La Galatea. De su obra sólo quedan fragmentos, aunque muy estimables. Escribió un poema épico sobre la conquista, que dejó sin terminar. Publicamos aquí un soneto, en el cual creemos nosotros advertir influencia gongoriana.

SONETO

Dejad las hebras de oro ensortijado
que el ánima me tienen enlazada,
y volved a la nieve no pisada
lo blanco de esas rosas matizado.

dejad las perlas y el coralpreciado
de que esa boca está tan adornada;
y al cielo, de quien sois tan envidiada,
volved los soles que le habéis robado.

La gracia y discreción que muestra ha sido
del gran saber del celestial maestro
volvédsele a la angélica natura.

Y todo aquesto así restituido,
veréis que lo que os queda es propio vuestro;
ser áspera, cruel, ingrata y dura.

LUIS JOSE DE TEJADA Y GUZMAN.—Nació en Córdoba de Tucumán, Argentina en 1603?, murió en 1680. Estaba vinculado, por su madre, con una familia española relacionada con Santa Teresa. Creció en un ambiente de gran devoción religiosa. Descendía por su padre de dos principales conquistadores y encomendadores del Tucumán. Desempeñó numerosos cargos, desde regidor hasta teniente de gobernador. Los últimos años de su vida los pasó en el convento de Santo Domingo, y allí escribió las poesías religiosas que conservamos.

SONETO A SANTA ROSA DE LIMA

Nace en provincia verde y espinosa
tierno cogollo, apenas engendrado
entre las rosas sol es ya del prado,
crepúsculo de olor, rayo de rosa.

De los llantos del alba apenas goza
cuando es del dueño singular cuidado,
temiendo se le tronche o duro arado
o se le aje mano artificiosa.

Mas ya que del cairel desaprisiona
la virgen hoja, previniendo engaños
la corta y pone en su guirnalda o zona.

Así esta virgen tierna en verdes años
cortó su Autor y puso en su corona:
¡oh bien anticipados desengaños!

AHORA EN AEROSOL



PINTURAS OPTIMUS, S.A.

PINO No. 428 MEXICO 4, D.F.
TEL. 47-76-20 CON 10 LINEAS

LOS CONTEM- PORA- NEOS

ALBERTO MOSQUERA MONTAÑA nació en Buenos Aires el 1° de enero de 1928. Es miembro de distintas instituciones culturales. Ha publicado "Gris en el alma" (poemas). Colaboró en Radio Nacional y en publicaciones de la capital y del interior. Vive en Buenos Aires.

CAFE TORTONI

Café Tortoni
de la vieja Peña:
tu nombre
está grabado
en el alma
de todos los que sueñan.

Café Tortoni:
de las noches sin fin
donde Obligado,
Riganelli, Filiberto,
Marasso, Quinquela
y tantos otros,
dibujaban
o escribían
con el rayo de luz
de las estrellas.

Café Tortoni
de Avenida de Mayo
entre Tacuarí y Piedras:
allí

en su momento,
te ubicaron
y llegaste a ser
porque tú eras.

Los nombres
que he citado
poblaron
tu recinto
con altísimas ideas.

Viejo Café Tortoni:
gracias a ti
se hizo la vida
espiritual de Buenos Aires,
que lentamente
hoy se desintegra.

Como homenaje
a lo pasado,
convendría
sentarse

en una de tus mesas,
recordando
los hombres
que las frecuentaron,
a pesar
de la lluvia,
el frío y la miseria.

Café Tortoni
de la vieja Peña:
gracias te doy
en nombre
de esas vidas
que las dieron
para que
nosotros existiéramos.

Café Tortoni:
eres un recuerdo
y recuerdo
es un poco de eternidad
para un poeta.

Café Tortoni
de Avenida de Mayo
entre Tacuarí y Piedras:
tú nunca morirás
aunque la gente muera.

POESIA Y TRABAJO

Contra los silencios de los miedosos
y de los intelectuales sinvergüenzas.
Contra los institutos, los fondos
y las sociedades de cultura actuales de Argentina
que ni por asomo ayudan a vivir
a las publicaciones independientes
y si es posible ejercitan su poder y su mediocridad
para hundirlas.

Contra los críticos que callan
los grupos que siguen peleándose por gerundios
y los frustrados de siempre
que no soportan el honesto trabajar ajeno.
Contra los mediocres y las minusvalías viscerales.
Contra la insoportable política de dehesa
que todo lo pudre.

Contra los que sólo saben mover la lengua para
destruir.

Contra los que depredan en la realidad cotidiana
nuestras tierras del sur.

Contra los que sabiendo y pudiendo decir y hacer
son sordo-mudos constantes.

Contra los piolas y los cancheros macanudos.

Contra los que prefieren el temor agazapado
a la libertad ejercida plenamente.

Ofrecemos:

Cinco duros años continuos de poesía y testimonio
de una REVISTA ARGENTINA
DE APERTURA PLANETARIA

La única prueba:

los índices presentados
los nombres del mundo ofrecidos
los temas —sin el no te metas— publicados
nuestros propios gritos sin drogas impostadas
reafirmados obsesivamente en cada nuevo número.

Y a favor:

De los que creen en la poesía
de los que hacen poesía
Cualquiera sea su "vanguardia"
de los que nos ayudan con sus palabras y sus
gestos
de los desconocidos o conocidos seres
que con verdad, belleza y bondad
pretenden construir un planeta habitable para
todos.

Todavía hoy la pasión que nos sostiene
es superior al asco que nos rodea
en esta República Argentina
ocupada y despiadadamente robada
por un hervidero de ratas ilogísticas.

En ese vértice civil americano
está nuestra comprometida posición
pues estamos seguros de saber
que por ese rumbo se llegará
a la tierra de flores tantas veces soñada.

Ariel CANZANI

Buenos Aires, junio de 1968.

NORTE/75

RICARDO E. MOLINARI nació en Buenos Aires en 1898. Integró el grupo de la Revista "Inicial". Su primer libro se titulaba "El Imaginero". Con "El Alejado" obtuvo en 1948 el segundo Premio Nacional de Poesía y con "Unida Noche" en 1957 el Primer Premio Nacional de Poesía. Está considerado como uno de los importantes poetas argentinos de este siglo. Vive en su ciudad natal.

CANCION

Vuela la gaviota
en el mar,
sobre el acantilado.

Alto sube y grita,
y en el volar
vuela
la tarde, un día
de invierno;
debajo la espuma
golpea, unta y sale.

Rastrea la gaviota
todo el cansancio,
y la duda angosta
de estar vivo o muerto
mirándola.

SIMBOLOS Y TROMPOS DE EMILIO SALDARRIAGA GARCIA

POESIA POPULAR

El origen de la poesía está en el pueblo; en su calidez espontánea, en su taumaturgia cotidiana. El poeta redescubre un lenguaje, una simbología escondida y penetra hondamente como a la caza de la magia del canto. El poeta que predica la tradición oral es el payador, esa entidad amerindia que traslada la intimidad anecdótica desde la piedra a la llanura; y coexistiendo radican el tiempo de contar —moledura y tierra— en un centro emotivo que es el hombre. El hombre es a la poesía lo que el sonido a la música: una continuidad de acentos que construyen la palabra digna.

La poesía popular se manifiesta a través de sus actos populares. Un poeta es popular porque atiende al contorno diario, a la circunstancia del individuo como elemento integrante de una comunidad de relación. Cuando el poeta, lejos de eludirlo, enfrenta el tema y lo pronuncia, la poesía está realizando su más auténtica metamorfosis.

Un poeta del pueblo es Emilio Saldarriaga García y su poesía es popular. Ya ha entonado la pasión de la tierra, la tragedia del petróleo, la podredumbre del caos. Ahora, viene a la calle de la algarabía, entra al estadio iluminado de sol y se destroza la voz acaudillando a sus favoritos, a esos que, como Chalén, son "chorro aéreo / caleta / de pies algebraicos / perforador de goles gararistas".

El fútbol es, en América, una pasión continental. Tanto nos une como nos separa, aunque vuelva a reunirnos, vociferantes. El deporte de los ingleses está en los campos verdes o en los potreros del barrio. La de cuero va y viene con paciencia franciscana. Los ídolos, aquí y allá, guían nuestros pasos, adornan nuestras paredes, promueven nuestras controversias. La poesía, entre ese maremágnum, toca todas las bandas y hace su perfecta carambola.

Digamos que Emilio Saldarriaga ha escrito un poemario sumamente original, aunque tenga la presencia admirativa de Parra del Riego. Poeta de hoy, Saldarriaga está atento al pulso de su pueblo, dispuesto a cantarlo en sus afanes y tenacidades. Aquí la poesía es una canción continua que da a los jugadores credencial de heroísmo. Revela el cantor que el verbo es un instrumento adecuado para rescatar la videncia del corazón olímpico.

Quedará SIMBOLOS Y TROMPOS como un documentado fervor deportivo y humano, demostrando que el asombro de una generación balompiedística no escatima el elogio ni la oda triunfal, proyectada igual que un himno de victoria. El poeta será desde ahora su natural testimonio.

por Luis Ricardo Furlán

78/NORTE

Buenos Aires, Argentina, 1968.



¿DONDE ESTA LA TIERRA DE LOS ESPIRITUS?

por **Providencia Kardek**

Se pierde en las penumbras del pasado la primera vez que el hombre empezó a creer que al morir no moría completamente, que en alguna parte de alguna manera volvería a la vida. Los muertos, él sentía, que solamente estaban dormidos y que algún día serían despertados. Esto sólo lo sentía instintivamente, pero quizá sea verdad. Ellos estaban dormidos. Pero, ¿en dónde? ¿Dónde estaba el lugar de descanso? ¿Dónde está la tierra de los espíritus?

Los judíos decían que en el "sheol", los griegos que en las cavernas subterráneas del mundo, los egipcios en el "Ament-he", los hindúes en el "Nirvana",¹ los cristianos en el cielo o infierno, los musulmanes en el paraíso o "Gehenena". Muchos espiritistas modernos (con visos de la verdad) sostienen que los espíritus de los muertos están en todas partes cerca de nosotros. Algunos filósofos han elaborado teorías situando la tierra de los espíritus en una cuarta y hasta una quinta dimensión del espacio y aún en una segunda dimensión del tiempo. Los astrólogos son muy inclinados a localizar la tierra de los espíritus en otros planetas y aún en otras galaxias.

El mundo entero sigue preguntándose constantemente, ¿dónde está la tierra de los es-

píritus? La búsqueda ha sido larga en todo el universo y nunca se ha encontrado.

¡Sin embargo, estaba tan cerca de ellos sin que se dieran cuenta! La llevamos dentro de nosotros mismos, dentro de nuestros propios cráneos. En las capas más profundas del cerebelo está nuestro "sheol". En la masa cerebral de un ser humano normal hay 14.000 millones de neuronas cuyo comportamiento a la luz de las investigaciones modernas difícilmente sería igualado por 10 mil billones de computadoras de las más modernas suponiendo que pudieran interconectarse. Así pues, en este inmenso archivo están latentes todas las experiencias de nuestros antepasados y las más complejas manifestaciones de estas experiencias como son el que una persona semi-analfabeta pueda hablar idiomas no sólo extranjeros sino arcaicos, se produce en el muy peculiar estado de trance. Otras más simples son sacadas del archivo en momentos de miedo intenso no sólo por los humanos. El tejón que por primera vez ve una serpiente sabe dónde es la parte más vulnerable de ésta para matarla y defenderse de el peligro correspondiente.

También son un ejemplo muy conocido las aversiones instintivas de lo dañino y las preferen-

cias por lo conveniente. Más aún las instrucciones que traen las primeras células en la formación de cualquier organismo, esto es, si fueran instrucciones escritas, para evolucionar formando las distintas partes y órganos del cuerpo no cabrían en todos los libros impresos del mundo.

Esta afirmación parece fantástica. Sin embargo, en el centro espacial de Cabo Cañaveral cientos de científicos y un equipo gigantesco de computadoras y estaciones rastreadoras en varias partes del mundo transmiten instrucciones a una cápsula espacial para su retorno a la atmósfera, operación simplísima si se compara con las "instrucciones" que recibe un huevecillo microscópico de salmón para que siendo adulto en cualquier parte del océano que se encuentre, emprenda el regreso a el lugar del río en donde nació a deshovar y transmitir nuevamente "instrucciones" a los nuevos huevecillos.

Del estudio de la evolución de las primeras células para la formación de conjuntos más y más complejos cada vez, esto es las diversas formas de vida vegetal, las especies animales y su culminación: el hombre, plantean estos enigmas muy interesantes. Parece ser que cada célula tiene su propia inteligencia, parece ser que todas las células no sólo de un mismo organismo sino de toda la materia viviente se comunican entre sí, parece ser que en los pasos de la evolución las células se han comportado como si supieran de antemano cuáles van a ser las necesidades de evoluciones posteriores y finalmente, la gran incógnita: ¿Existe una inteligencia separada de la materia? ¿Es esta inteligencia la que planea y dicta a la materia las leyes que debe seguir?

¹ Aunque el Nirvana es un estado celestial consciente.



INDICE DE ANUNCIANTES

Artículos Mundet para Embotelladores. (Sidral Mundet)	80
Bacardi y Cia., S. A.	77
B. Barrera y Cia. de México, S. A.	55
Canillera Nacional, S. A. (Refacciones textiles) ..	1
Casa Chapa, S. A.	76
Casa Lorenzo Ortíz	54
Comercial Eléctrica. (Materiales eléctricos)	6
Compañía de las Fábricas de Papel de San Rafael y Anexas, S. A.	61
Compañía Industrial México, S. A.	76
Dragnin, S. A.	60
Fábrica de Jabón "La Luz", S. A.	68
Hilados Selectos, S. A.	3
Impresos Reforma	4
Jabón Avena	67
La Nueva Nacional	67
La Puerta del Sol, S. A. ..	69
Maderería Las Selvas, S. A.	46
M. Alonso y Cia. (Maderería Cárdenas)	46
Mex-Papel, S. A. (Distribuidora de papel)	3
Michoacana de Occidente, S. de R. L. Elaboración de maderas de pino en medidas especiales) 2a. de forros	
Pepsi-Cola Mexicana, S. A.	4a. de forros
Pinturas Eco	73
Pinturas Euzkadi. (Fabricante de pinturas)	61
Redes, S. A. (Al servicio de la industria pesquera)	3a. de forros
Refacciones Tauro, S. A. ..	6
Resinas Sintéticas, S. A. (Productos químicos industriales)	2
Restaurante Jena	55
Sánchez y Cia. Sucs., S. A. (Tintas para Artes Gráficas)	60
Solicitud de suscripción a NORTE	66
Villasana y Cia., S. A. (Agentes aduanales) ...	68
William y/o Jorge Razu ..	54